

III
795

El Sitio de Cádiz

por las tropas
de Napoleón
en 1812

por Manuel Quintero
de Atauri, profesor
de la Escuela Superior de Guerra.

OBRA PREMIADA



Cádiz: 1912

Manuel Alvarez, impresor

795

BIBLIOTECA
DEL
DEPÓSITO DE LA GUERRA

Estante... 13

Tabla... 1^a fila 1^a

Número... 795

~~V-54-5^a 18~~

83/33701

ESTUDIO HISTÓRI-
CO CRÍTICO SOBRE
EL SITIO DE CADIZ
POR LAS TROPAS DE
:::: NAPOLEON ::::

TRABAJO PREMIADO
EN EL CERTAMEN DE
LA **REAL ACADEMIA**
HISPANOAMERICANA
CELEBRADO EN 7 DE
JUNIO DEL AÑO 1912.

IMPRESA DE MANUEL ALVAREZ RODRÍGUEZ
CÁNOVAS DEL CASTILLO, 25 Y 27. — CÁDIZ



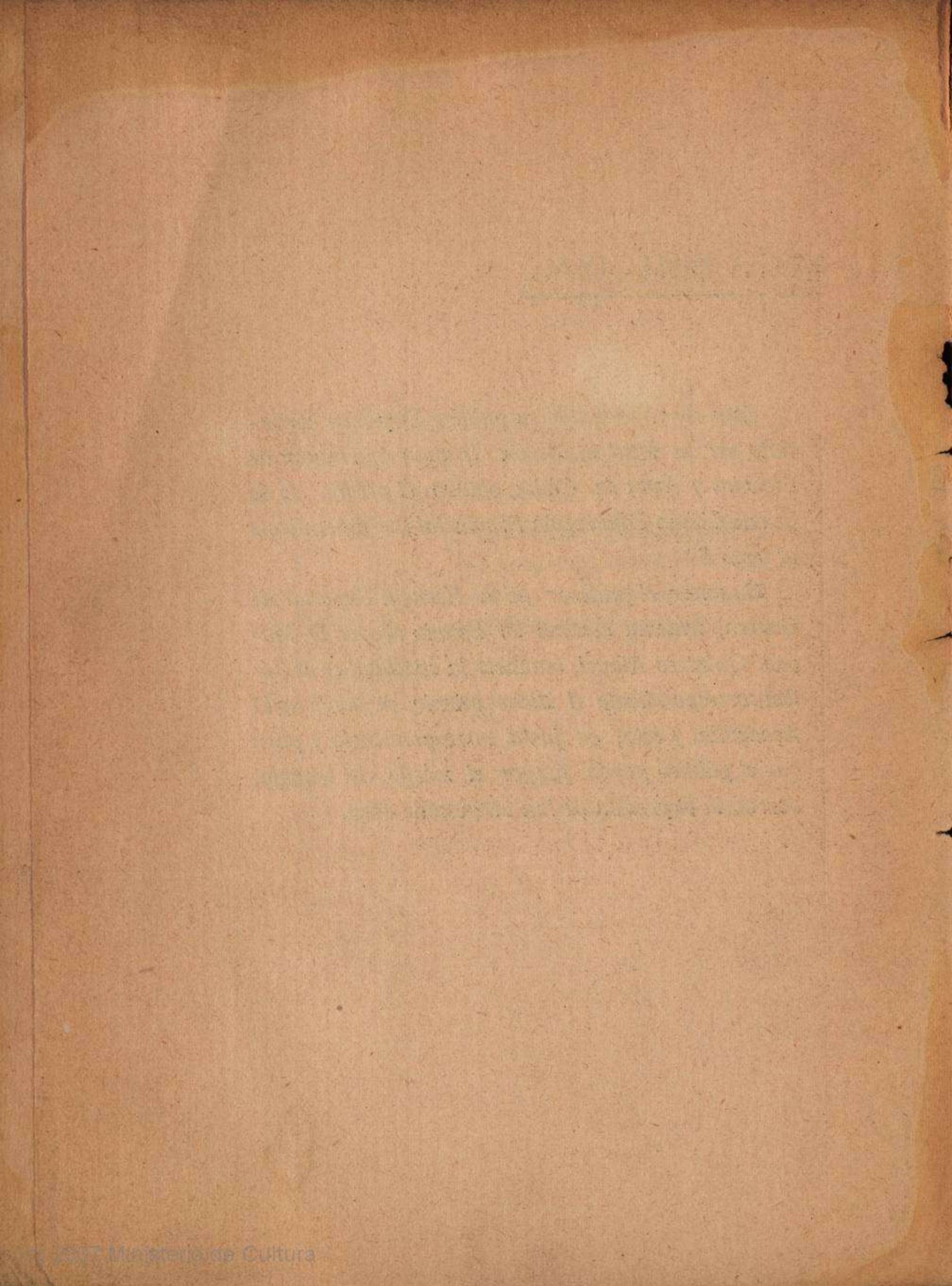
V-54-5^a 18

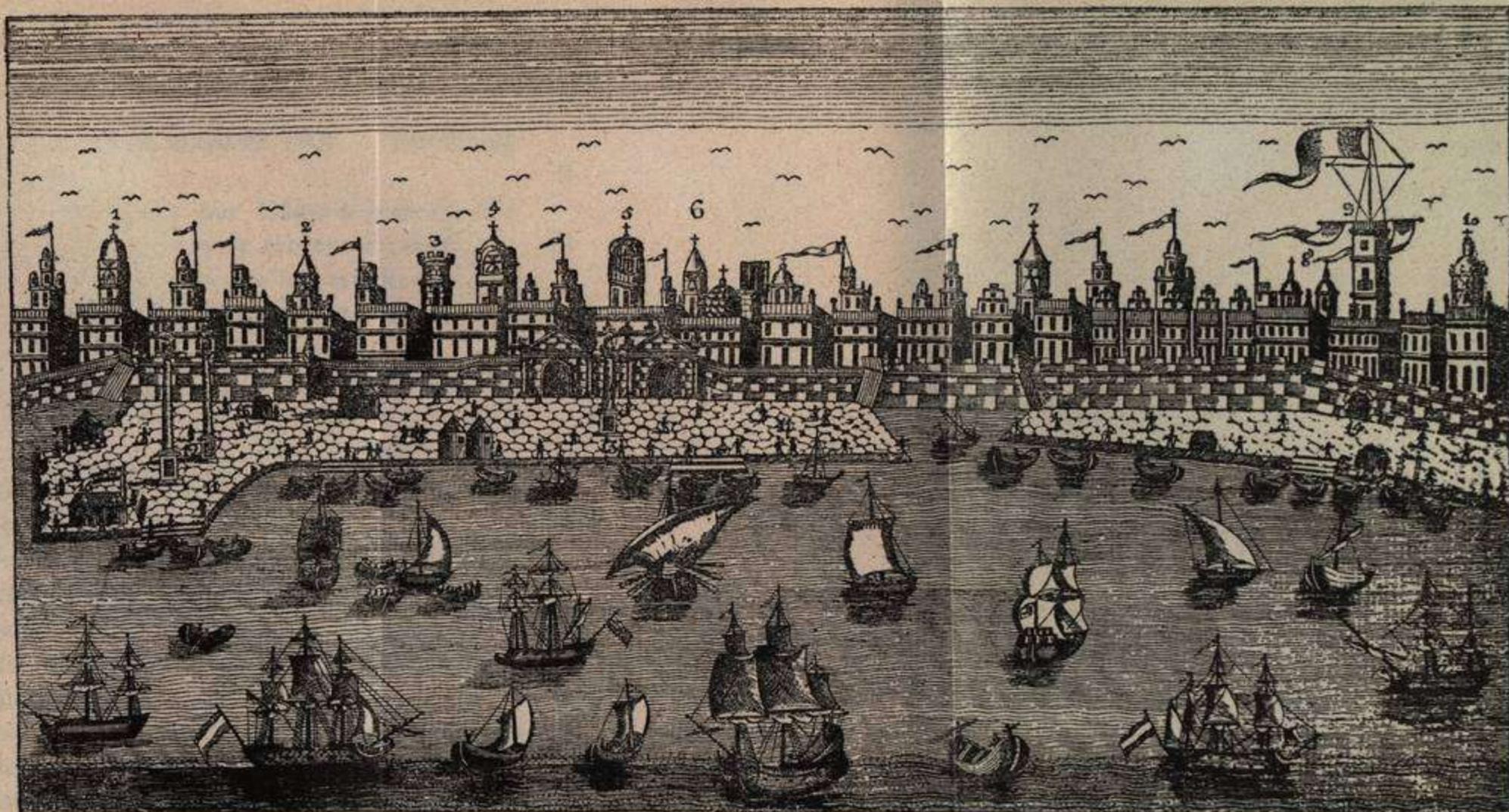
ESTA OBRA ES PROPIEDAD DE
LA ACADEMIA HISPANO AMERI-
CANA. — QUEDA HECHO EL
DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

NOTA EDITORIAL.

Esta obra, premiada en público Certamen convocado por la Real Academia Hispano Americana de Ciencias y Artes de Cádiz, obtuvo el premio de la Excelentísima Diputación Provincial correspondiente al tema 5.º

Su autor, el profesor de la Escuela Superior de Guerra, teniente coronel de Estado Mayor D. Manuel Quintero Atauri, renunció la cantidad en metálico correspondiente á dicho premio, en favor de la Academia, y ésta, en justa correspondencia y para que el público pueda juzgar el mérito del trabajo, acordó la impresión de tan interesante obra.





1 Santo Domingo.

2 La Merced.

3 Castillo de Guardias M.^o

4 San Juan de Dios. ; 8 El Rosario.

5 Cabildo.

6 El Populo.

7 San Agustin.

VISTA
DE
CADIZ.

9 Torre de Ricaño.

10 San Fran.^o

11 El Muelle.

12 Los Patronos.

13 San Fran.^o Xavier.

14 Puerta de Sevilla.

15 Capitanía.

16 Cuerpo de Guardia.

SUMARIO.

	<u>Página</u>
I. Preliminar.	7
II. Sucesos de fin de mayo de 1808. — Rendición de Rosilly	8
III. Auxilios prestados por Cádiz á la causa Nacional.—Los alborotos de febrero de 1809. . .	12
IV. Invasión de Andalucía por las tropas de José Bonaparte en 1810.—Forzamiento de los desfiladeros de Sierra Morena	15
V. Marcha del duque de Alburquerque hacia Sevilla y Cádiz; su influencia para la salvación de esta plaza.—Entrada de los franceses en Córdoba y Sevilla.—Funesta detención en la última	19
VI. Los franceses ante Cádiz el 5 febrero de 1810. La Junta Central.—La posición defensiva de la Isla de León.—Fuerzas de Alburquerque . .	24
VII. Fortificaciones de Cádiz y su bahía.—Trabajos complementarios	29
VIII. El sitio durante el año 1810.—Salidas de los sitiados.—Operaciones en el exterior.—Caida de Matagorda.—Expediciones de Lacy.—Trabajos para la reunión de Cortes.—El 24 de septiembre	37
IX. Expedición de La Peña.—Marcha desde Tarifa á Vejer.—Batalla de Chiclana.	47
X. Trabajos del sitio.—Expedición de Zayas.—Expedición de Blake.—Operaciones de Ballesteros.—Desastre de Godinot	57
XI. Las Cortes de Cádiz.—Trabajos del sitio.—Proyectos de Soult	62

XII.	Sitio de Tarifa.—Fuerzas francesas.—Fortificaciones y medios defensivos de la plaza.—Marcha sobre Tarifa.—Trabajos de aproche.—La brecha.—El asalto.—Retirada de los franceses	64
XIII.	El sitio en 1812.—Bombardeos.—El efecto de la batalla de los Arapiles.—Levantamiento del sitio.—Material abandonado por los franceses.	76
XIV.	Juicio acerca de las operaciones del sitio . . .	83



PRELIMINAR

En la Historia de los pueblos hay acontecimientos de tal naturaleza que sirven de puntos de apoyo para nuevos impulsos, no solo de su vida particular sino de la de la nación a que pertenecen. Pocos habrá en la Historia de la Humanidad que hayan influido en la vida de su Patria como los desarrollados al principio del siglo XIX en Cádiz y su provincia. Tanto en el orden social, como en el militar y político, Cádiz intervino en el porvenir de España; desde el primero y último punto de vista, abriendo nuevos horizontes a un pensamiento aherrojado por antiguas tradiciones fundadas en supersticiones inveteradas y mal encaminadas dentro de los sólidos e igualitarios principios de la religión de Cristo; desde el punto de vista militar, sirviendo de base para el cimiento de extrema e irreductible barrera al invasor de España, deteniéndolo ante sus muros y encerrando en ellos no solo el legendario valor hispano, sino el poder director, que protegido por aquél dictó leyes que fueron el origen de organizaciones sucesivas a cuyo amparo surgió una España nueva conservando su valor, su religión, sus ideas caba-

lherescas modificadas ante las necesidades de una sociedad, nueva también, nacida en los estremecimientos convulsivos de la Revolución francesa.

Por estas razones, la Historia de Cádiz en la época a que nos referimos es de capital importancia para todo buen español. En la imposibilidad de detallarla como merece durante el periodo de las guerras Napoleónicas, nos limitaremos a reseñar los hechos mas notables, deteniéndonos algo mas en las operaciones del Sitio, examinando los sucesos militares contemporáneos ocurridos en la provincia y su trascendencia para el éxito de la operación.

II

SUCESOS DE FIN DE MAYO DE 1808

Lanzado el 2 de mayo de 1808, en Madrid, el grito de independencia, llegó a Cádiz el Conde de Teba el 28, enviado por Sevilla, con objeto de invitar a la Ciudad para que coadyuvase con todas sus fuerzas a combatir a los invasores. El Capitán General de Andalucía, don Francisco Solano, Marqués del Socorro, se hallaba a la sazón en Cádiz y reunió un Consejo de 11 generales a fin de dar una respuesta al Conde de Teba. Este

Consejo empezó por calificar de imprudente toda acción contra los franceses; pero no atreviéndose a marchar opuestamente a la opinión, ofreció enviar a las ciudades alzadas cuantas personas quisieran alistarse. Tal decisión, hecha pública por medio de un bando, conmovió al pueblo que reunido tumultuosamente en la plaza de los Pozos de la Nieve, pidió se declarase la guerra a los franceses y que como primera medida, se obligase a la escuadra francesa anclada en bahía a entregarse por buenas o por malas. Calmados los ánimos momentáneamente por Solano con promesas más o menos ambiguas, no pudo sin embargo evitar el allanamiento de la casa del Cónsul francés Mr. le Roi, quien tuvo que huir amparándose primero en el convento de San Agustín y después en la escuadra de su país. Los amotinados soltaron algunos presos, se apoderaron de las armas del parque de artillería sin encontrar oposición en el elemento armado que simpatizaba con la idea originaria de los disturbios. En la tarde del 29 viendo que no se cumplía lo prometido, poniendo por excusa varios pretextos que no encontraron fundados, el pueblo invadió de nuevo la plaza de los Pozos de la Nieve y empezó a tirar contra la casa del capitán general; sacó del parque cinco cañones, colocó uno de a 24 ante las puertas que saltaron en pedazos, dando paso franco de este modo a los amotinados que no encontraron ya dique que se les

opusiera. Solano huyó por las azoteas, pero cayó en poder de aquellos, cuyas exaltadas pasiones no habían de reprimirse ante un hombre indefenso. Fué conducido hácia la muralla, donde había colocada una horca a espaldas de la cárcel; pero no tuvieron tiempo de llegar hasta tal sitio de suplicio, pues un asesino madrugador le asestó por la espalda tres puñaladas que le causaron la muerte. Fué nombrado para substituirle don Tomás de Morla, nombramiento que confirmó la Junta de Sevilla.

Morla envió a Sevilla parte de la guarnición de Cádiz, donde solo quedaron los regimientos provinciales de Córdoba, Ecija, Ronda y Jerez y los de línea Burgos y Ordenes Militares. El día 31 se proclamó solemnemente a Fernando VII como Rey de España, y se constituyó una Junta dependiente de la de Sevilla. Los ingleses reconocieron la autoridad de ambas Juntas ofreciendo 5.000 hombres a las órdenes del General Spencer y la cooperación de sus navíos en observación ante la boca del puerto. El Almirante francés Rosilly, con los navíos *Héroë*, *Neptuno*, *Algeciras*, *Indomable* y otro y la fragata *Corneille* seguía anclado en bahía tratando de contemporar con Morla; hasta que éste el 9 de julio, no pudiendo ya resistir la presión de los gaditanos, rompió el fuego sin aceptar el ofrecimiento del almirante inglés Collingwood que deseaba con sus barcos contribuir

a la operación. La batería del caño del Trocadero fué la que empezó las hostilidades dirigiendo las operaciones don Juan Ruiz de Apodaca; cesó el combate con pocas pérdidas por ambas partes; reanudado al día siguiente, a las tres de la tarde el navío *Héroe* izó la bandera española entablándose las negociaciones nó para rendirse sino para «tratar (decía Rosilly) de calmar los ánimos de los gaditanos amenazados por su escuadra» Por fin el 14 a las siete de la mañana, el navío insignia de Apodaca *Príncipe* izó la señal de fuego que debían romper las baterías del Puente de Zuazo y comprendiendo los franceses, anclados en la Carraca desde el 30 de mayo, no podían esperar mas que una pérdida segura, se entregaron a discreción, confiando «en la hidalguia y generosidad del pueblo español.»

El regocijo de la población fué inmenso, el orgullo francés estaba abatido y recibía el primer golpe, asestado en aguas andaluzas, precursor del que pocos días después había de recibir en los campos igualmente andaluces de Bailén. Y esto, sin auxilio extranjero, pues los gaditanos como hemos visto rechazaron el apoyo británico; y el ejército de Castaños se componía de bisoños españoles que con su valor y patriotismo suplieron las condiciones militares que poseían sus adversarios.

Al saber la marcha de Dupont sobre Andalucía, multitud de jóvenes gaditanos acudieron á

tomar las armas y se unieron poseídos del mayor entusiasmo a las huestes de Castaños, tomando parte en la gloriosa batalla de Bailén. Cabe, pues, al pueblo de Cádiz la honra de haber contribuido de un modo eficaz a la *capitulación* de las primeras fuerzas de mar y tierra que hasta entonces habían paseado con orgullo su pabellón por todos los ámbitos de Europa.

III

AUXILIOS PRESTADOS POR CADIZ.

Después de los sucesos que quedan mencionados, capitulaciones de Rosilly y Dupont, Cádiz se encontró libre de enemigos y pudo dedicarse a socorrer con hombres y dinero a la Junta Central. En 1808 hizo el donativo de 11.342.361 reales y facilitó en calidad de préstamo otros doce. El cabildo catedral entregó hasta 1.403 libras de plata labrada y el metálico reunido por solo 40 vecinos ascendió a 8.000.000 de reales. Se organizó una fuerza militar análoga a la Milicia Nacional, de la que formaban parte todos los habitantes capaces de tomar las armas, de cualquier estado y condición. Esta fuerza fué tal vez el origen del pensamiento de crear los batallones de Voluntarios de Cádiz que según don Adolfo de Castro llegaron a tener 9.000

hombres destinados a la defensa de la plaza. De este modo, los gaditanos se creían libres de la quinta que estaba próxima a decretarse ante la necesidad de enviar refuerzos a los ejércitos nacionales. Los citados batallones de voluntarios, el servicio que desempeñaban y el contingente enviado para organizar el año 1808 el ejército de Andalucía, vencedor en Bailén, eran para Cádiz causas que suficientes de exención de la referida quinta; así no es de extrañar que cuando la noticia empezó a circular por Cádiz, produjera efectos desastrosos. A esto se unieron otras circunstancias originarias de profundo malestar. La Junta Central había enviado a Cádiz en 1809 a don Juan Antonio Tiballer, marqués de Villel, hombre de carácter muy discutido por todos los historiadores, del cual puede decirse que aparte de sus demás cualidades, buenas o malas, pecó de falta de tacto, usando de su autoridad de un modo harto imprudente, empleando medidas reprensibles tratándose de una ciudad de la cultura de Cádiz, cuyas costumbres no eran todo lo austeras que Villel deseaba y que se empeñó en corregir de raíz en cuanto llegó a la localidad. Por último, el gobierno británico, temeroso de que se disolviese la Central o de que Cádiz se incomunicase con el resto de la Península dió instrucciones a su delegado Sir George Smith con objeto de anunciar al Gobernador General don Félix Jones, la próxima ocupación de la plaza por tropas

inglesas. Efectivamente, en breve avistaron Cádiz dos regimientos a las ordenes del general Makenzie, pero lo mismo Villel que Jones se negaron en absoluto al desembarco de los ingleses tanto en la plaza como en la Isla de León.

La Junta Central envió por su parte a Cádiz un batallón de extranjeros, en su mayoría desertores polacos (por cuya causa se les llamó *polacros*), esta medida se interpretó por los gaditanos como un medio de quitar pretexto para la exención de la quinta y fué la gota de agua que desbordó el vaso. La plebe se rebeló abiertamente declarando traidores a los miembros de la Junta, acusándolos de querer entregar la plaza al enemigo. Mal armados, pero fuertes con la debilidad de las autoridades, el 22 de febrero se dirigen a las obras de la Cortadura, donde encontraron algunos cañones llenos de arena, que fué la causa de nuevas inculpaciones y pretextos con que trataban de justificar su indisculpable alboroto. En aquellos momentos desemboocaban desde San Fernando los dos batallones de *Polacros*, completamente ajenos a cuanto pasaba. Los alborotadores se arrojan sobre ellos, los atropellan y desarman obligándoles a refugiarse en el Castillo de Puntales donde el Gobernador los acogió generosamente. Engreidos por *tal hazaña*, vuélvense a Cádiz pregonando la traición de las autoridades y tratando de asaltar la casa de Villel. Gracias a los Voluntarios que lo acogieron entre

sus filas y lo condujeron a Capuchinos pudo salvarse de una muerte cierta. Viendo desaparecer esta víctima, vuelven su furor contra el general Carrafa, detenido en Santa Catalina, que pudo también librarse gracias a la energía del gobernador de la fortaleza; entonces se revolvieron contra el jefe del resguardo don José Heredia, sin otro delito que ser pariente de Godoy, y gran perseguidor del contrabando y al tratar de huir en una lancha fué alcanzado y asesinado. Satisfechos con este crimen, fueron al fin reducidos por el guardián de los Capuchinos y desarmados por los voluntarios, restableciéndose la tranquilidad por unos días en la población. Villel fué repuesto en sus funciones y trasladado a Sevilla y a los voluntarios, cuya conducta en un principio fué bastante dudosa, se les recompensó con el dictado de *distinguidos*, concediéndoseles el uso de los cordones de *cadetes* en su uniforme.

IV

INVASIÓN DE ANDALUCIA POR LAS TROPAS DE BONAPARTE.

Nada nuevo ocurrió en Cádiz durante el año 1809, disfrutando sus habitantes de una tranquilidad de que no gozaban los del resto de la Península. A consecuencia de la paz de Viena, los ejér-

citios franceses dominaban por todas partes del continente Europeo, y pudo dedicarse Napoleón a la terminación de la campaña de la Península, cuya parte meridional estaba libre de franceses desde la batalla de Bailén.

Los franceses se dispusieron a la invasión de Andalucía, forzando los desfiladeros de Sierra Morena, donde estaba el ejército del Centro al mando de Areizaga; aquellos con el mariscal Víctor en cabeza mostraron alguna vacilación y desperdiciaron un tiempo precioso, dando lugar a que 20.000 españoles con gran número de trabajadores se dispusieran a fortificar y defender los desfiladeros de la Sierra. Sin embargo, la extensión a defender era considerable, unos 190 kilómetros en los cuales se encontraban los pasos de Villamanrique que conducen a Jaén; el de Despeñaperros, única carretera entonces existente; el de Muradal; el del Rey; Tía Gila y Puerto Rubio; estos dos últimos muy importantes porque permitían envolver la Sierra.

Areizaga deseaba ocupar una posición Central donde formaría una especie de Campo fortificado, merced al cual podría acudir donde las circunstancias lo exigieran y mientras esto no fuese necesario las fuerzas recibirían instrucción y disciplina, que buena falta les hacía después del desastre de Ocaña.

Como detalle digno de ser conocido, acerca

del papel que las Juntas Centrales y sus comisionados pretendían desempeñar en la dirección de la campaña, referiremos lo siguiente: La Junta Central, a fin de activar las operaciones, envió a tres de sus vocales, el Marqués de Campo Sagrado, general sin experiencia alguna; don Rodrigo Riquelme, togado; y don Juan de Dios Rabé, hacendado de Córdoba. El resultado fué que Areizaga fué desoi-do y con sus fuerzas tuvo que atender a toda la línea.

Los franceses, aprovechando el efecto de la batalla de Ocaña, proyectaron caer sobre Sevilla y Cádiz, deshacer la Junta Central establecida en la primera y evitar la reunión de las Cortes. Para esto contaban a principio del año 1810 con los cuerpos de Víctor (1.º), Sebastiani (4.º), Mortier (5.º), que unidos a la división Dessolles, formaban un total de 60.000 hombres. El cuerpo de Reynier (2.º) vigilaba Extremadura y Portugal desde Talavera y Almaraz; el de Ney (6.º) en Salamanca; Kellerman y Bonet en Valladolid y Santander; Suchet (3.º) en Aragón y Angereau (7.º) en Cataluña. Todas estas fuerzas con los contingentes enviados recientemente formaban un conjunto de 300.000 hombres que habían de completar la conquista de la Península, arrojando a los ingleses de ella.

Los cuerpos 1.º, 4.º y 5.º y la división Dessolles, al mando de José Bonaparte debían acometer a los 20.000 de Areizaga. Víctor con 36.000

hombres avanzaría sobre el camino de Almadén a Córdoba envolviendo Despeñaperros, cortando la comunicación entre el duque de Alburquerque y Areizaga; Mortier, desde el Viso del Marqués caería sobre los pasos del Rey y de Muradal, para que una vez dueño de ellos, quedase libre la carretera general para el paso del cuartel real con la división Dessolles; Sebastiani, por Villamanrique envolvería por la izquierda la línea española del mismo modo que Víctor lo hacía por la derecha.

La operación no podía estar mejor imaginada y su éxito era seguro ante la diseminación de nuestras fuerzas impuesta por la Central.

No trataremos de describir cómo se efectuó el avance francés pues es ageno a nuestro objeto; solo se ha mencionado el plan para evidenciar los dos objetivos que perseguían los franceses: Sevilla y Cádiz y por lo tanto lo importantísimo que era el que estas plazas resistieran heroicamente.

Las operaciones empezaron estableciendo José Bonaparte su cuartel general, el 11 de enero en Almagro. El día 20 las posiciones estaban forzadas; el 21, Víctor se encontraba en Montoro dueño del puente sobre el Guadalquivir, cortando la comunicación de Areizaga con Sevilla, las columnas francesas unidas y el general español teniendo que retirarse desde Bailén, donde estaba el 20, por Menjíbar y Jaén. El Gobierno se encontraba

pues, aislado, sin defensa y abandonado por la opinión pública.

Areizaga perseguido por Sebastiani, entregó los restos de su ejército a Blake el 27 en Guadix. El 23 Sebastiani entró en Jaén y el 28 en Granada sin obstáculo de ninguna clase.

Víctor avanzó rápidamente; en Córdoba reunió los elementos de su cuerpo de ejército y con las divisiones de Ruffin y Villatte salió en dirección a Sevilla teniendo el 27 su vanguardia un ligero choque con la retaguardia del duque de Alburquerque que se movía por los alrededores de Ecija y de cuya marcha vamos a ocuparnos por la trascendencia que tuvo para la salvación de Cádiz.

V

MARCHA DEL DUQUE DE ALBURQUERQUE HACIA SEVILLA Y CADIZ

El citado general español estaba en Extremadura frente al cuerpo de Reynier situado en Talavera. Por los reconocimientos hechos en noviembre sobre los puentes del Tajo, se aseguró de que no tenía por qué temer de los franceses y dejando en Ibor y Trujillo algunas fuerzas en observación, se trasladó a la cuenca del Guadiana, entrando el 24 de diciembre en Don Benito con objeto de

cubrir el flanco izquierdo de Areizaga. El Duque comprendió la insignificancia del apoyo que podrían prestar sus cortas fuerzas y que mas importante era proteger a Sevilla y Cádiz; así lo hizo presente a la Junta Central, la cual le ordenó que si era atacado de frente «pasara a defender Sierra Morena y si de flanco ocupara la sierra que pasa por el Almadén de la Plata y Cazalla, tomando en ella las posiciones convenientes para rechazar al enemigo y aún batirlo con ventaja». En su consecuencia replegó la brigada Contreras desde Trujillo sobre Mérida para que unida a tres batallones, formase si era preciso la guarnición de Badajoz; él por su parte se trasladó el 15 de enero a Campanario, el 18 a Maguilla y Guadalcanal, donde recibió la orden del Gobierno para que enviando la artillería a Santa Olalla, se dirigiese sobre Agudo *sin pérdida de instantes* a fin de evitar la marcha triunfal de Víctor. Alburquerque comprendió que esto no era posible y dijo a la Junta que no había que pensar «mas que en defender a Sevilla por aquella parte, cuanto le fuera dado con la corta fuerza que le quedaba.» Las tropas que llevaba consigo ascendían a 8.000 soldados de infantería y 600 caballos.

De Guadalcanal se trasladó el 23 a Pedroso de la Sierra, donde recibió orden perentoria de que a marchas forzadas se acercase a Sevilla. Cumplimentó la orden y ya en marcha, la Junta cambió

de opinión y quiso se dirigiese a Córdoba; pero el Duque había ya pasado el Guadalquivir por la barca de Cantillana, ordenando a Zerain y a Copons se le unieran. Antes de llegar a Sevilla, supo que la Junta había abandonado a Sevilla y comprendiendo perfectamente era allí inútil su presencia así como en Córdoba, cruza el Guadalquivir para trasladarse a Carmona, reconociendo los alrededores de Ecija, donde su retaguardia chocó con las tropas de Víctor, lanzándose enseguida por la carretera de Cádiz «para defender lo que solo la fortuna, el valor y sacrificios de la caballería pudieron conseguir.»

Esta Caballería al mando de don Juan Lardizábal se portó heroicamente; primero en Carmona, Fuentes y Marchena se mantuvo frente a los franceses por los caminos que pudieron tomar al salir de Ecija y después protegiendo la retirada de la infantería, luchando diariamente con las avanzadas francesas, a las que contuvo victoriosamente, permitiendo así al pequeño ejército del Duque llegar a la Isla de León, después de pasar grandes privaciones causadas muchas veces por falta de buena voluntad de los pueblos del tránsito.

José Bonaparte entró sin dificultad en Córdoba, donde fué bien recibido; Sevilla sin autoridades y presa de desórdenes, parecía se aprestaba a resistir a Víctor. Reunido en Carmona por el Rey in-

truso un Consejo de generales, se discutió acerca de si debía dirigirse el ejército francés sobre Sevilla o sobre Cádiz. Soult opinaba por lo primero diciendo «que me respondan de Sevilla y yo respondo de Cádiz.» Esta frase impuso a los demás a pesar de las opiniones contrarias del general O'Farril y de Urquijo, decidiéndose el avance sobre Sevilla, que dos días después abrió sus puertas a los franceces y Cádiz cerró las suyas para siempre.

El día 31 de enero, Victor entró en Sevilla, cogiendo los franceses un inmenso botín. ¿No sería la esperanza de este *hallazgo*, la razón mas poderosa para que Soult impusiese su opinión? Al día siguiente, José Bonaparte hizo su entrada triunfal entre las aclamaciones de una multitud que se agolpaba a su paso; este recibimiento le hizo esperar en un éxito parecido para dentro de pocos días, terminando dentro de Cádiz su paseo triunfal por Andalucía, quedando así dueño de toda la Península.

Dueños de Sevilla, los franceses marcharon sobre Cádiz: ante cuya vista se presentaron el 5; pero ya era tarde, el 3 el duque de Alburquerque había entrado en Cádiz, después de cortar el puente de Zuazo, quedando Víctor, como donosamente dice el general Gómez de Arteche «en la situación del cuervo de la fábula, dejándose escapar del pico la tan codiciada presa».

El error de Soult, o mejor dicho la sugestión que las riquezas de Sevilla ejercieron sobre los franceses, impidió que estos se hicieran dueños de Cádiz. Efectivamente: la conquista de aquella ciudad no exigía mas fuerzas que el 5.º Cuerpo y la división Dessolles; el 1.º (Víctor) debió seguir tras las huellas del duque de Alburquerque, hostigando sus tropas sin cesar, desmoralizándolas y vencién-dolas o entrando revuelto con ellas en la Isla de León, pues en el Puente de Zuazo no había mas defensa que un cañón guardado por un inválido. Los dos días de retraso, bastaron para cortar el puente e instalar numerosas baterías que defendieran los aproches de las salinas o impidieran una sorpresa o un ataque a viva fuerza, obligando así a los franceses a un sitio regular, de éxito muy dudoso ante las condiciones especiales en que se encontraba Cádiz y su puerto, de las cuales ya nos ocuparemos al describir las fortificaciones de la plaza.

Vemos la grandísima importancia que para Cádiz y España tuvo la resolución del Duque de Alburquerque al marchar rápidamente en socorro del último rincón del territorio español libre de franceses. Así pues, puede decirse que el Duque logró una victoria para el éxito general tan trascendental por lo menos como la memorable de Bailén dos años antes.

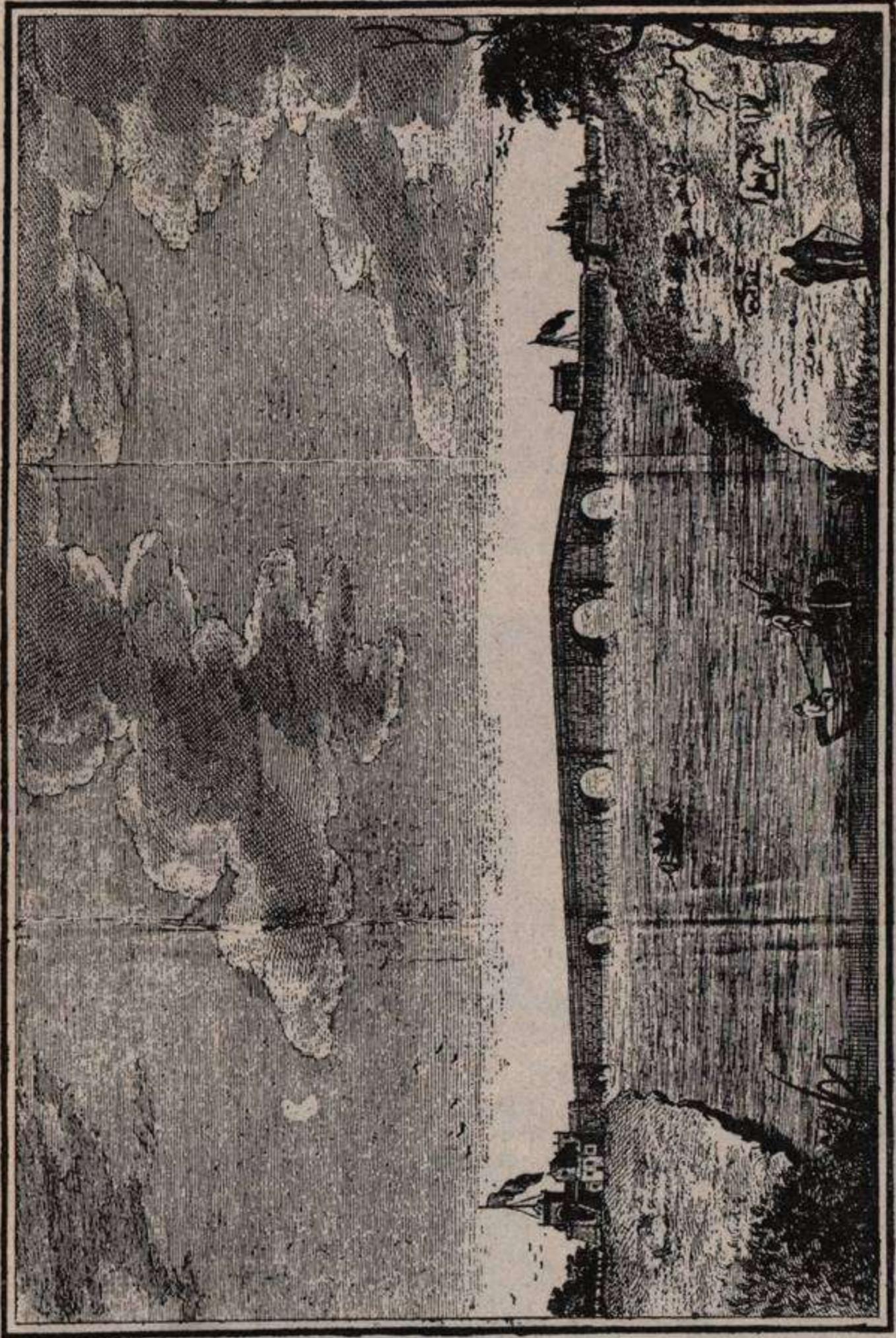
VI

LOS FRANCESES ANTE CADIZ
EL 5 DE FEBRERO DE 1810.

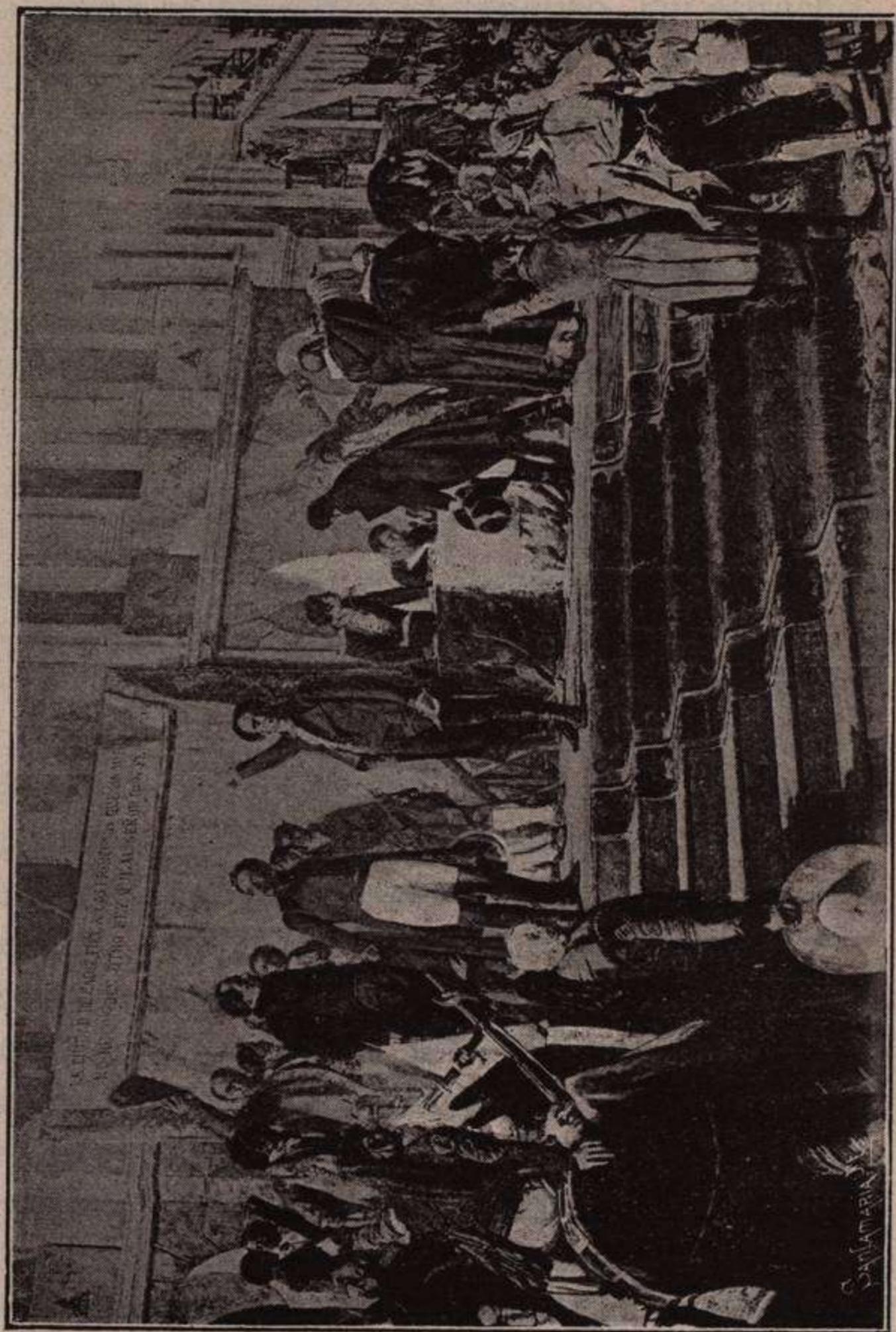
Sevilla, Córdoba, Granada y Málaga habían caído en poder del invasor, de manera que no es extraño que José Bonaparte se considerase como dueño de Andalucía y de que escribiese a Napoleón el 18 de febrero «creía suficientes el establecimiento de algunas baterías para someter a Cádiz.»

El 12 se hallaba en Utrera, el 14 en Jerez y el 18 presenciaba en el Puerto de Santa María una corrida de toros organizada en su honor.

Víctor estaba ante Cádiz desde el 5 y visto no podía atravesar el Puente de Zuazo, ni forzar los pasos a través de las salinas, estableció sus baterías desde Puerto Real hasta Sanlúcar cubriendo su retaguardia con la división de dragones de reserva y otras fuerzas ligeras de infantería y caballería a las órdenes de Latour-Maubourg. Inmediatamente dirigió a la plaza un oficio intimando la entrega en condiciones sumamente benévolas; tal intimación firmada por los generales Salcedo, Obregón y Hermosilla, fué llevada por el patrón de un barco, que volvió con la siguiente contestación. «La Ciudad de Cádiz, fiel a los principios que ha jurado, no reconoce otro Rey que el Señor Don



El histórico Puente Zuazo.
(De un grabado antiguo)



Histórico cuadro pintado por D. Ramón Rodríguez.—La Junta de Gobierno de Cádiz.

Fernando VII.—Cádiz 6 de febrero de 1810.—Francisco Javier de Venegas.» En su vista el mariscal Víctor se dispuso a un bloqueo tan estrecho como le fuera posible por parte de tierra, puesto que por mar carecía de medios para ello.

El Rey José, acompañado de Soult (su jefe de E. M.), del general de ingenieros Leri y del de artillería Senarmont, recorrió las posiciones de Víctor y desde el cerro de Santa Ana empezó a comprender que su entrada en Cádiz no era sencilla, tratando enseguida de apurar cuantos medios fueran posibles para vencer los obstáculos que se le presentaban. Envió repetidos emisarios, unos públicos y otros secretos, con mensajes para el duque de Alburquerque, la junta de Gobierno, el Comandante de la Carraca, el del puente de Zuazo y el Jefe de escuadra D. Ignacio M.^a de Alava. El canónigo de Sevilla Morales, trató de sobornar a la marinería de la escuadra, pero conocidas sus intenciones tuvo que retirarse ante las amenazas de echar a pique la barca que lo conducía. Alburquerque expulsó de su presencia al emisario diciéndole no temía ni a 100.000 franceses; Alava rechazó con indignación al que le dirigieron; la Junta hizo quemar en la plaza pública por la mano del verdugo el oficio que acababa de recibir; todos en fin, anuncian su propósito de resistir al invasor y amenazan con la muerte a todo aquel que les hable de rendición.

Ante esta firme actitud, José Bonaparte se decide por el sitio en regla, pero como éste prometía ser largo lo encomienda a sus subordinados y él marcha a recorrer triunfalmente las principales poblaciones andaluzas y regresar a Madrid donde se le preparaba un recibimiento entusiasta. Dejemos, pues, al Rey intruso recorrer su odisea y veamos qué había sucedido en Cádiz en este corto periodo de tiempo.

Ya hemos dicho que los miembros de la Junta Central huyeron de Sevilla; después de sufrir peligros y penalidades, lograron llegar a Cádiz, llamando al vencedor de Bailén, confiando en su prestigio y valor. Dos cosas reclamaba la opinión pública, no solo en Cádiz sino en las provincias: la Regencia y las Cortes.

Después de varios incidentes, el 31 de enero quedó constituida, tomando posesión de sus cargos los tres regentes que se hallaban en Cádiz: Castaños, Escaño y Fernández de León; los otros dos regentes eran el Obispo de Orense D. Pedro de Quevedo y Quintano y D. Francisco de Saavedra. Fernández de León fué sustituido, por no haber nacido en América, por D. Miguel de Lardizábal, natural de Tlascala.

Apenas el General Castaños entró en Cádiz, reconoció las posiciones de la Isla que encontró completamente abandonadas hasta el extremo, como ya se ha dicho, de que en el puente de Zua-

zo no había mas guarnición que un inválido. La antigua Junta se había opuesto siempre a la admisión de las tropas inglesas para la defensa de Cádiz, pero Castaños comprendiendo la necesidad de aceptar dicho auxilio, influyó en la Regencia a fin de que cesase toda oposición, y si bien no entraron dichas fuerzas en Cádiz, cuando el Rey José visitó el campo de Víctor, vió desde Santa Ana, que los ingleses guarnecían la Isla de León y el Castillo de Matagorda, ocupando las fortificaciones y baterías levantadas por Alburquerque. Este fué nombrado Capitán General y Gobernador de Cádiz, dedicándose con interés a poner en estado de defensa el puesto que se le había confiado. Comprendió que lo mas urgente era impedir la aproximación de los franceses y que la defensiva mas eficaz se debía hacer no desde las murallas, sino en el terreno exterior. Este se prestaba admirablemente a tal intento, pues entre los caños que servían a la Marina y las salinas, formaban tal laberinto de cursos de agua y de pantanos que harían difícil el tránsito del ejército francés e imposibilitaban todos los trabajos de un sitio regular. Solo quedaba practicable la carretera por donde entró Alburquerque; éste, destruyendo el puente de Zuazo sobre el Río o Caño de Santi Petri, quitó a Víctor toda probabilidad de éxito para una sorpresa y las baterías instaladas rápidamente rechazaron a los franceses cuantas veces intentaron forzar el paso.

El Duque encontró un eficacísimo auxiliar en el Capitán de Navío D. Diego de Alvear, nombrado el 4 de febrero Comandante General de artillería, el cual llegó a colocar hasta cien piezas en el puente de Zuazo y sus proximidades, artillando también el Portazgo, Salinas, Gallineras, Santi Petri y otros sitios menos importantes, dedicándose con afán al sostenimiento de aquel obstáculo natural formado por los caños y salinas, sobre todo desde que fué nombrado corregidor y gobernador militar de la Isla de León.

Las fuerzas del duque de Alburquerque en 1.º de Abril formaban tres divisiones: una de vanguardia a las órdenes de Lardizábal (3.184 soldados y 153 jefes y oficiales); 1.ª división a las de Latorre (1.849 de tropa y 137 jefes y oficiales) y 2.ª al mando de Polo (3.897 y 247), mas la caballería compuesta de 1.167 caballos mandada por el brigadier Whittinghan. Aparte de estas fuerzas regulares, existían los *voluntarios distinguidos* dirigidos por Alvear y dedicados al servicio interior de la plaza. Los religiosos se ofrecieron para formar un cuerpo llamado «Brigadas regulares de honor» que tenían por objeto servir la artillería, confeccionar cartuchos y otros cargos análogos. La Marina por su parte contaba con bastantes buques de guerra españoles e ingleses mandados por Alava y Purvis, así como fuerzas sutiles formadas por cañoneros, bombardas y otros pequeños buques

que dirigidos por D. Cayetano Valdés prestaron utilísimos servicios.

VII (V. croquis núms. 1 y 2)

FORTIFICACION DE CADIZ Y SU BAHÍA.

Cádiz se hallaba fortificada desde la mas remota antigüedad, pues la misma etimología de su nombre así lo indica. Desde luego se concibe que cuantos procuraron ponerla al abrigo de un golpe de mano se ocuparon de cerrarla con un recinto continuo que impidiese la sorpresa por parte del mar, pues por este elemento habían de venir los ataques y además se protegía la ciudad de los embates de las olas. La Historia nos dice que Cádiz hasta las guerras Napoleónicas ha sido atacado por mar y esto se explica fácilmente porque los obstáculos materiales que el terreno ofrece a una sorpresa por parte del estrecho istmo de tierra que la une al resto de la península, forman una barrera que basta por sí sola para prevenir cualquier ataque de dicho género. En cambio las sorpresas por la gente de desembarco de una escuadra audaz, no podían ser difíciles, ante los deficientes medios de vigilancia de que se disponía y la aún mas ineficaz artillería que poseían sus murallas. A medida que estos medios aumentan



en poder, los barcos se ven imposibilitados de acercarse sin grave peligro y cesan de ser enemigos de importancia, para cederla toda a los ejércitos de tierra, llegando a poder sentarse hoy como aforismo indiscutible que «las plazas marítimas se toman por tierra.»

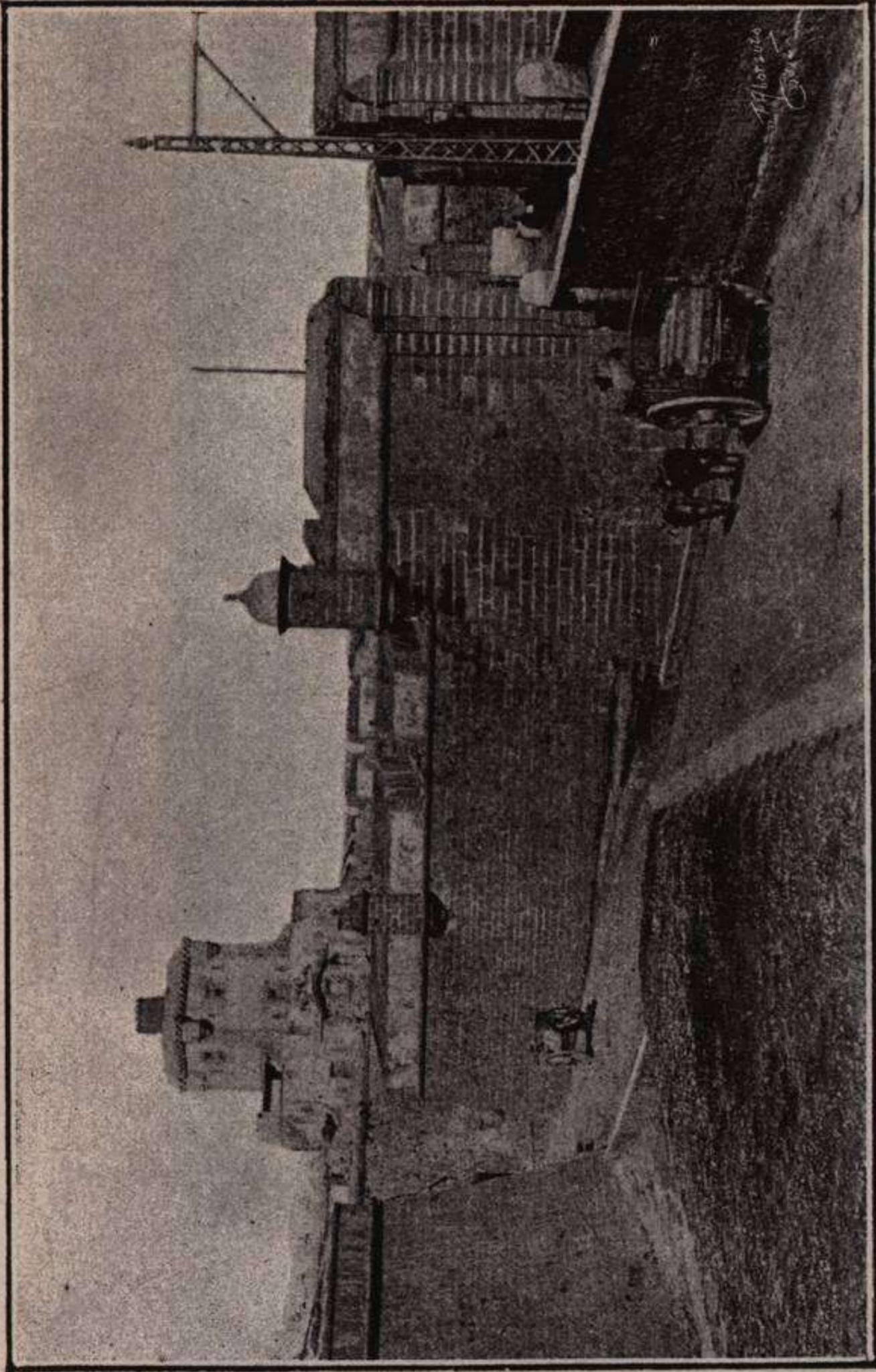
Se comprende, pues, que el recinto de Cádiz no responda a ningún sistema de fortificación, limitándose a una fuerte muralla con amplio adarve para colocar artillería, apoyándose en los salientes naturales de la costa a fin de limitar el empuje de las aguas y evitar la menor playa que facilite el aproche al pie de sus muros. Cuando la fortificación italiana estaba en su apogeo, Cádiz fué una de las plazas españolas donde aquella se aplicó, sin someterse a otras reglas que a las ya expuestas. En cambio el frente de tierra se cerró con arreglo al trazado de Vauban, formando un hornabeque de 332 metros de lado exterior; los dos semibaluartes son muy espaciosos, con orejones y flancos retirados y cubiertos aquellos por contraguardias; la cortina que los une está protegida por un rebellín algo pequeño; un foso de unos 45^m de ancho y 5^m de profundidad, cuya escarpa es continuación del paramento exterior de la muralla y con la contraescarpa revestida, constituye el obstáculo, y está precedido de un camino cubierto y otro segundo con glacis y plazas de armas atrincheradas. Como defensa subterránea

contaba con un sistema de contraminas Vauban. En el centro de la cortina está la puerta de Tierra y en el interior los dos cuarteles de Santa Elena y de San Roque, con locales a prueba, así como otros situados bajo el terraplén de la cortina. El frente de tierra, constituye un lado del polígono que encierra a Cádiz; su dirección es de S. E. a N. O. uniéndose al segundo lado de unos 1.300^m, casi de Sur a Norte, que termina en el semibaluarte de San Felipe y presenta como puntos importantes, la plataforma de Santiago, el baluarte de los Negros, la plataforma de la Cruz y el baluarte de la Aduana. En este lado estaban las puertas del Mar, de Sevilla y de San Carlos; el terraplén se hallaba sostenido por bóvedas, que servían de almacenes y podían utilizarse como alojamientos aunque no a prueba de bomba. El adarve amplio permitió colocar gran número de piezas de artillería a las que servía de parapeto un antepecho de piedra y numerosos traveses las protegían contra el tiro de rebote. El semibaluarte de San Felipe flanqueaba todo este frente, así como tenía bajo su fuego el puerto y muelles. El lado Norte de unos 1.600 metros, es quebrado al exterior y se extiende hasta el Castillo de Santa Catalina; el saliente es el baluarte de Candelaria, cerrado por la gola y unidos a los dos extremos citados por una cortina angulosa. Entre Candelaria y Santa Catalina se encuentra la batería de Bilbao y el baluartillo del Bonete.

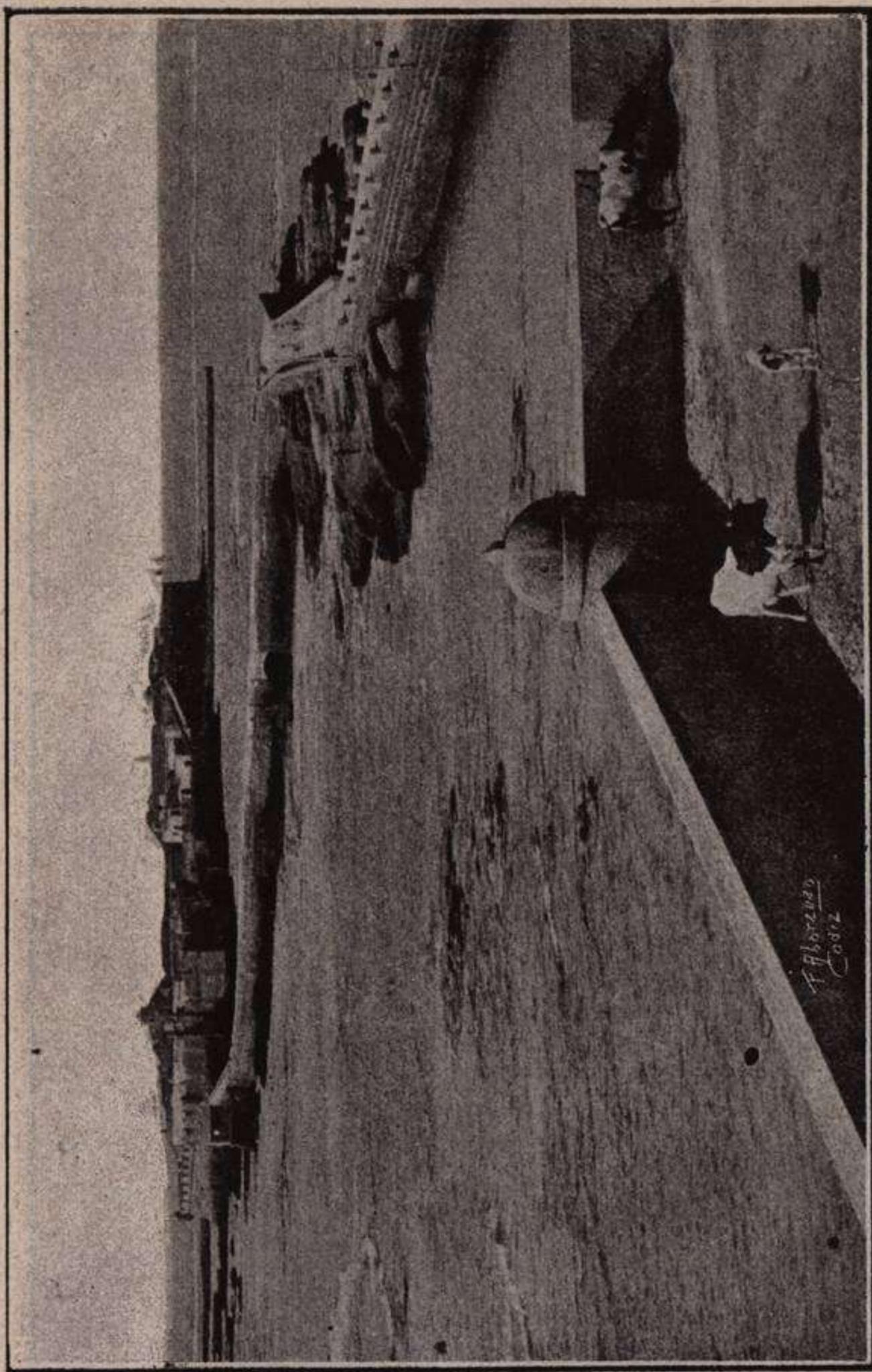
El Castillo de Santa Catalina se construyó, según unos en el año 1508 y según otros en 1598, siendo esta fecha la mas probable, pues así parece indicarlo un escudo con una inscripción referente a Felipe II en 1599. Está edificado sobre un arrecife natural de unos 800^m; su frente principal es atenazado y la gola cerrada en forma de hornabeque con foso. Es, pues, un fuerte mixto y por su situación y condiciones puede considerarse como la ciudadela de Cádiz. Tenía alojamiento para 1.200 hombres, ermita y algibes.

El frente O. comprende desde Santa Catalina hasta dos pequeños baluartes, en cuya cortina de unión está abierta la puerta de la Caleta. Tiene unos 500^m de longitud y está formado por una muralla angulosa donde se hallan las plataformas de San Pablo y San Pedro que defienden la pequeña ensenada de la Caleta, restos, según algunos, de una antigua Naumaquia.

A modo de obra avanzada de este lado, a unos 700^m de Santa Catalina y 800 del extremo Sur de dicho lado, se levanta el Castillo de S. Sebastián, en el cabo Crónico, extremo de una lengua de tierra de 1.250^m de longitud, formado por un conjunto de piedras que se cree sean restos del antiguo templo de Saturno. El castillo se fundó el año 1613, siendo gobernador de la plaza D. Fernando Quesada Ulloa; en 1808 tenía un recinto bajo con baterías, rodeado de foso y una gran torre de costa con alojamientos y bóvedas a prueba.



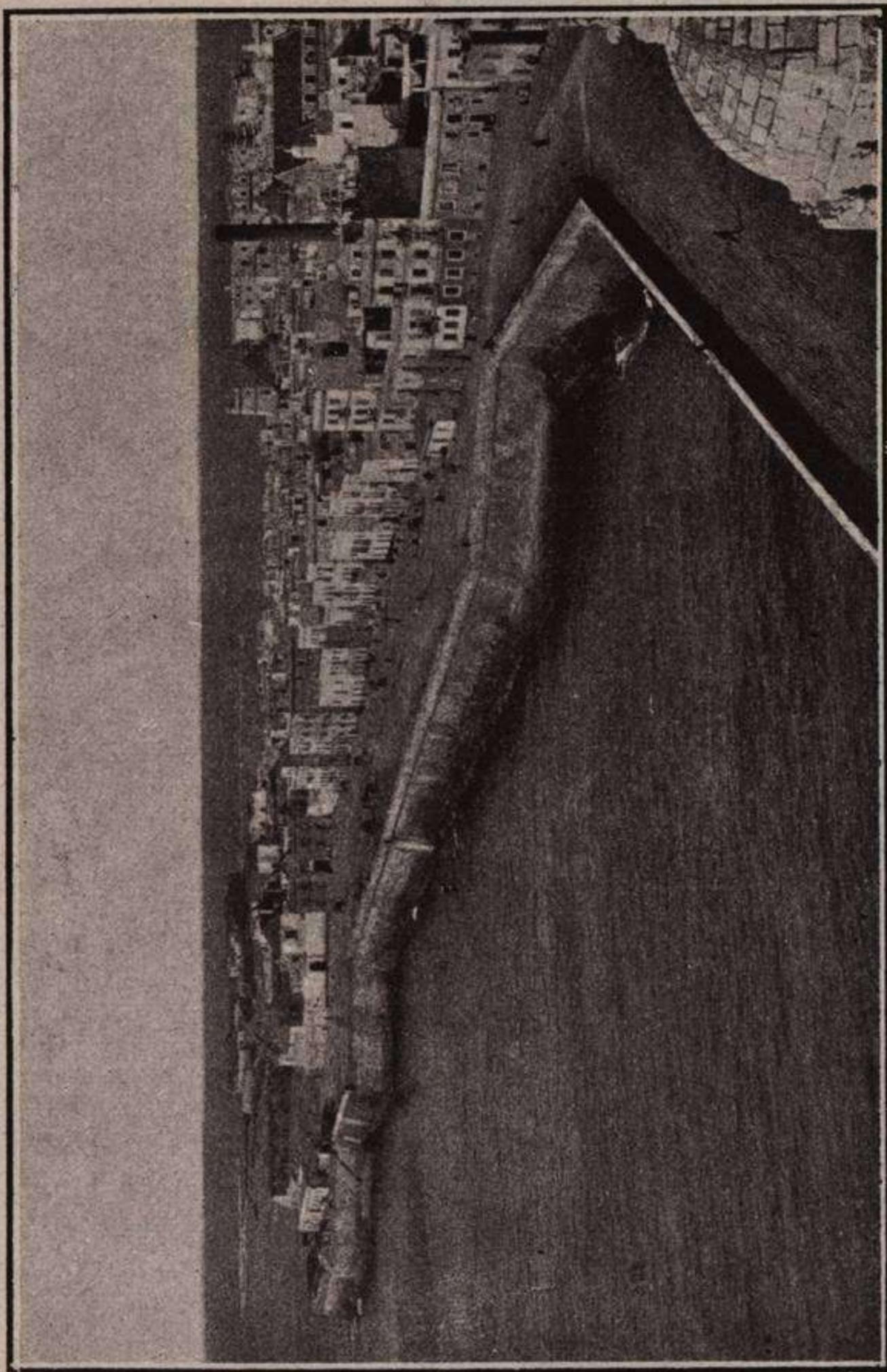
Camino cubierto en la fortificación de Puerta de Tierra.



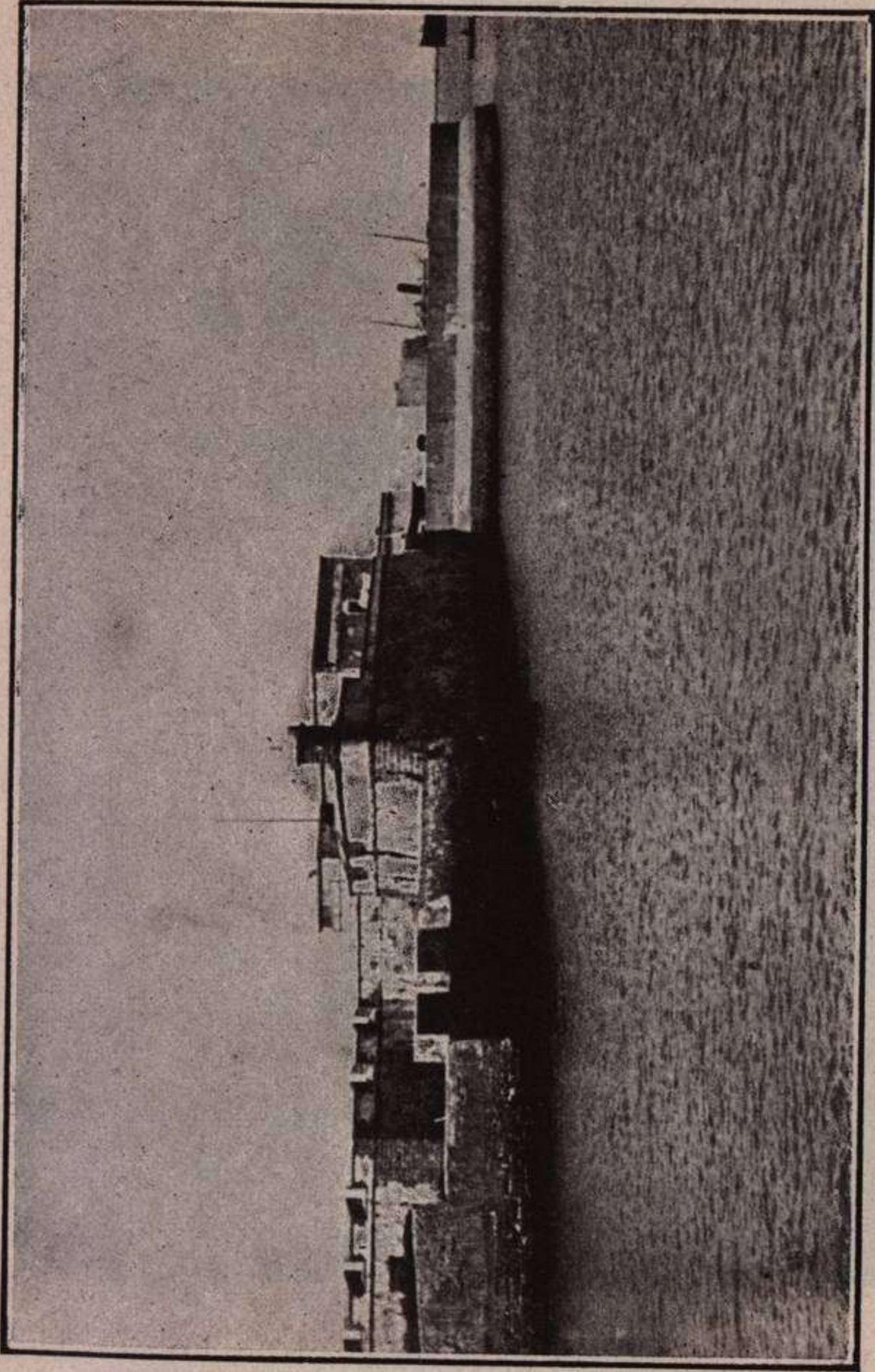
Camino militar y Castillo de San Sebastián



Escuela Superior de Cultivos de gran escala



Murallas del Sur.



Castillo del Puntal ó Puntales.



SAN FERNANDO.—Castillo de Sancti-Petri.

El quinto lado de 1.600^m, forma un entrante y en el adarve se encontraban las explanadas de los Mártires, Capuchinos y San Rafael.

Como vemos, las fortificaciones de Cádiz no responden a otra idea que a la elección como puntos de apoyo de los salientes naturales principales: San Felipe, Santa Catalina y baluartes de la Caleta y los secundarios de la Aduana y Candelaria. Como dada la constitución de la costa, era imposible llevar el recinto hasta el cabo Crónico, se situó en este el punto avanzado de S. Sebastián.

Formado el recinto, el contorno de la península donde está situada la plaza, es evidente que desde cualquier punto de la bahía, así como desde alta mar al O. y S. se podían batir con tiros de rebote y aún de revés las baterías situadas en los adarves al descubierto. Por otro lado, el bombardeo por parte de una escuadra era operación fácil, y como Cádiz era una población rica, se comprende la necesidad de ponerla al abrigo de tal peligro. De aquí la precisión de construir algunos fuertes en el contorno de la Bahía.

La boca de la bahía, tiene unos 5 K.^m y está formada por las puntas donde se construyeron los fuertes de S. Felipe y Santa Catalina del Puerto, de modo que ambos con los de San Sebastián y Santa Catalina son los centinelas que vigilan y defienden la entrada, auxiliados por las cortinas del recinto de la plaza.

El Castillo de Santa Catalina del Puerto, está situado a 3 K.^m de la barra del Guadalete, tiene recinto curvo, con gola cerrada en forma de hornabeque, con foso, camino cubierto y glacis; dentro una torre de costa con alojamientos y a 400^m una batería de costa cerrada por la gola.

Uno de los brazos del delta del río Guadalete es el llamado río de S. Pedro; a la izquierda de su desembocadura se encontraba el Castillo de Matagorda, de forma cuadrangular, con fuegos bajos de frente. A un kilómetro más al Sur y separado de él por el caño del Trocadero, estaba el Fuerte Luis, batería baja de costa, cerrada por la gola. Los dos fuertes citados, defendían la entrada del caño antes mencionado, que es un brazo de mar que llega hasta cerca del muelle de Puerto Real y era el arsenal mercante del comercio próspero de Cádiz; extensos almacenes de las compañías de Filipinas y la Habana, así como del Real Consulado, varios de particulares y un pequeño arsenal de la Marina Real, dependiente del de la Carraca con diques para fragatas, hacían del caño referido una posición importante que había de ser codiciada por los franceses. Además, su situación a poco más de 1.000 metros de Puntales y 4 k^m y medio de la población de Cádiz, constituían el punto militar más notable para ofender dichos objetivos desde tierra, ya que desde el mar no era posible por la carencia de medios navales.

El fuerte de Matagorda, fuerte Luis y el de S. Lorenzo del Punta! o Puntales cerraban la rada interior o de este último nombre y lo incomunicaban con el arsenal de la Carraca. El último fuerte era de recinto trapezoidal, con baterías alta y baja hacia el mar y un reducto bajo avanzado a flor de agua para fusilería; gola cerrada con un frente abaluartado de 82^m de lado exterior, foso con agua y camino cubierto con baterías flanqueantes.

Por delante del Arsenal de la Carraca, pasa el Canal de Santi Petri, cruzado frente a San Fernando por el puente de Zuazo, y después de varios recodos se une al Atlántico por el castillo de Santi Petri, de forma rectangular con salientes para flanqueo, alojamientos y una fuerte torre de costa para señales, con almacenes.

El canal de Santi Petri, la Bahía de Cádiz, el río Arillo y el Atlántico forman la Isla de León, donde se levanta la ciudad de San Fernando, rodeada de numerosas salinas alimentadas con las aguas citadas. Constituye, pues, la Isla de León un obstáculo importantísimo para el paso de un ejército y hace imposible los trabajos de un sitio regular. Al Norte de esta Isla se encuentra otra donde se halla Cádiz; a la mitad próximamente de la distancia que media entre río Arillo y Puntales, se forma una estrecha lengua de arena y piedra por donde pasa el camino de Cádiz a San Fernan-

do. En esta angostura en 1809 y 1810, los gaditanos, con objeto de poner un nuevo obstáculo al paso de los franceses, construyeron el fuerte y cortadura de San Fernando. Un foso que unía la bahía con el mar y que se llenaba de agua en la pleamar formaba una barrera contra una sorpresa y para defenderla existía el fuerte. En su construcción intervinieron todos los vecinos de Cádiz, sin distinción de clases, dando a falta de otros materiales 803 rejas, 278 balaustres y 111 pasamanos de los edificios.

Tales eran las fortificaciones de Cádiz al ser sitiado por los franceses, abundantemente provistas de artillería, pues el material no faltaba en la plaza suministrado profusamente por el arsenal de la Carraca.

Como los franceses no poseían el dominio del mar, los fuertes situados en la costa de la bahía frente a Cádiz no tenían objeto, así es que se desmantelaron al saberse el avance de las tropas de Víctor.

En cuanto a trabajos complementarios, merecen citarse los realizados para el derribo de más de 200 casas de extramuros y unos 50 edificios que servían de almacenes y depósitos de toda clase de mercancías, cuyo importe pasaba de 10.000.000 de reales. Esta demolición obedeció a la necesidad de despejar el campo de tiro de los fuertes y para que no sirvieran de apoyo a los franceses en caso

de que éstos lograsen llegar ante los muros de Cádiz.

VIII

EL SITIO DURANTE EL AÑO 1810.

Víctor, en vista de que la intimación dirigida a la plaza fué desoída por sus defensores, intentó varios ataques hácia el puente de Zuazo. El día 9 de febrero formalizó más su intento, pero las baterías del Portazgo y demás artilladas por Alvear, causaron tal estrago en los asaltantes, que éstos retrocedieron, dejando libre en su movimiento retrógado, gran parte del terreno salinero, ocupado inmediatamente por Alvear, quedando así el río y la Carraca completamente inexpugnables.

Con esto se comprendió que las operaciones del sitio iban a dificultarse en extremo. Aunque provistos los franceses de abundante artillería y dueños de la costa desde la Carraca a Sanlúcar, poco daño podían hacer a los sitiados por el corto alcance que peseían los cañones empleados; unido a esto la carencia de medios navales, se comprende que a medida que el tiempo transcurría, la fuerza moral del sitiado iba en aumento y se encontraba cada vez en mejores condiciones para emprender enérgicas reacciones, contra las

cuales el duque de Bellune apenas tenía medios para contrarrestar. Las peticiones de recursos al de Dalmacia fueron desoidas por éste, envidioso sin duda del *provecho* que esperaba sacase Víctor si entraba en Cádiz.

El día 6 de marzo se desencadenó un formidable huracán que duró hasta el 9. Los buques anclados en la bahía exterior fueron los más castigados; el navío de tres puentes *Concepción* con otros dos, una fragata, una corbeta, varios barcos ingleses y portugueses, entre estos el navío *María*, empujados por las olás embarrancaron en la costa, desde donde los franceses los cañoneaban hasta con bala roja, incendiándolos y acabándolos de destruir.

Este desgraciado suceso enseñó a los franceses prisioneros en los buques, desde la rendición de Rosilly, la manera cómo podían evadirse en circunstancias análogas y se dispusieron a realizar su intento en la primera ocasión que se les presentara.

La penosa impresión causada por los destrozos del huracán del 6 al 9 de marzo, se borró pronto con el éxito del reconocimiento del 16. Este día la guarnición hizo una salida que se llamó modestamente *paseo militar*. Los franceses ocupaban las salinas en las inmediaciones del río Santi Petri hasta la casa del Coto, la Torrebarra y el molino de S. José. Los generales Girón, Co-

pons y Lacy, apoyados por los barcos y fuerzas del Arsenal de la Carraca mandadas por Topete, desalojaron a los franceces con bastantes pérdidas a cambio de un muerto y 4 oficiales y 91 de tropa heridos.

Deseando los franceses distraer todo lo posible la atención de las fuerzas españolas e ir estrechando el bloqueo extendiéndose por toda la provincia, intentaron apoderarse de Tarifa por un atrevido golpe de mano. Era gobernador de la plaza el coronel don Manuel Daban; el 21 de abril se presentaron ante ella 600 infantes y 100 caballos, que a las 9 de la mañana emprendieron el ataque, siendo rechazados por la guarnición y vecindario, así como por un contra-ataque del mayor Brown con 60 ingleses. Los franceses se retiraron protegidos por 400 hombres colocados lejos de la plaza.

Por estos días los franceces se apoderaron del fuerte de Matagorda, guarnecido por 140 ingleses.

Este fuerte, como todos los de la costa, fueron desmantelados a fin de que no los utilizaran los sitiadores; pero los ingleses opinaron de otro modo y lo ocuparon el 22 de febrero, disponiendo su general Stewart lo guarneciese un destacamento de marinería, otro de infantería y algunos artilleros, poniéndolo en disposición de resistir un ataque a viva fuerza. Esto lo consiguieron por el pronto, pues los franceses, al verlo ocupado, lo

atacaron; pero apoyado por Puntales y algunos barcos abandonaron su intento para mas adelante, cuando dispusieran de artillería mas potente. Los ingleses aumentaron los medios defensivos, armándolo con siete cañones, únicos que podían colocarse en la superficie disponible, y con objeto de acrecentar la densidad de fuegos acoderaron a los costados de Matagorda un navío de 74 y varios cañoneros. Los franceses por su parte, una vez recibida artillería de grueso calibre, armaron varias baterías cerca de las casas del Trocadero, que el 21 de abril rompieron un violento fuego con sus 48 morteros y cañones obligando al navío y auxiliares a soltar las amarras y retirarse. Una vez entregado el fuerte a sus propias fuerzas, al cabo de treinta horas de bombardeo quedó desmantelado y con 64 hombres fuera de combate. El general Graham, sucesor de Stewart, envió algunas lanchas que recogieron a los supervivientes y volaron lo que quedaba del fuerte; los franceses se hicieron dueños de los restos de aquella obra que no prestó los servicios que sus constructores esperaban y que no causó en Cádiz impresión alguna.

El 16 de mayo se repitió el huracán que tantos estragos causó dos meses antes y con consecuencias aún mas deplorables. Unos 4.000 franceses, de ellos 1.000 oficiales y marinos estaban prisioneros en barcos surtos en bahia y se apro-

vecharon de la tempestad para evadirse. Cuando el temporal era mas imponente los encerrados en el navío *Castilla* sorprendieron a sus guardias, cortaron las amarras y se dejaron llevar por el viento hasta la costa del Puerto de Santa María, donde fueron acogidos con el júbilo consiguiente. El 25 arrostrando no solo temporal análogo sino también el fuego de los españoles, los prisioneros del *Argonauta* intentaron repetir la operación, pero perseguido por las lanchas cañoneras, se incendió el navío y aunque algunos lograron salvarse hacia el Trocadero la mayor parte perecieron ahogados.

Por estos sucesos, la Regencia dispuso que los restantes prisioneros, aún en número respetable, fueran conducidos a la Isla de Cabrera, muy vigilada por los ingleses.

Todos estos incidentes desagradables no desanimaron a los defensores de Cádiz; tal era la confianza que inspiraban sus defensas, situación y medios disponibles. Por otra parte, en la ciudad no se carecía de nada y la población en vez de disminuir aumentaba con los individuos procedentes de todas partes de la Península, que no querían estar bajo el dominio de los franceses, que se acogían a dicha plaza en la seguridad de que no podía ser conquistada. No era esto solo; multitud de extranjeros, principalmente ingleses, convertían a Cádiz en una ciudad cosmopolita, donde el comercio prosperaba y cuya animación, alegría y entusiasmo

elevaban la moral de sus habitantes hasta un extremo tal que no se podía suponer era una plaza sitiada. La afluencia de gente llegó a ser tan grande que la Regencia se vió obligada a poner trabas a la admisión de forasteros en el puerto. La próxima reunión de las Cortes era otra causa de concentración de población, por la llegada de candidatos a diputados de la Asamblea.

El 2.º aniversario del *Dos de Mayo* se celebró con gran pompa, asistiendo el cardenal Borbón, el Nuncio, los Regentes, autoridades, diplomáticos y cuantos emigrados madrileños albergaba Cádiz. Además se hizo una salida por la guarnición desalojando a los franceses de las trincheras que estaban construyendo frente a Chiclana.

Con igual o mayor boato se celebró el día de San Fernando; formaron las tropas, se hicieron salvas por los fuertes, la escuadra empavesó sus barcos, las iglesias hacían repicar sus campanas y la Regencia celebró una recepción; demostrando a España y al mundo entero que bajo la protección de las murallas de Cádiz, único rincón libre de franceses, había un Gobierno representante de su legítimo Soberano prisionero de las ambiciones de Napoleón.

Los ataques de los sitiadores eran incesantes, pero sin poder pasar de las avanzadas; los sitiados por su parte, firmes en su propósito de que una defensa pasiva no podía producir resultados satis-

factorios, hacían frecuentes salidas, bien para adelantar sus puestos o para impedir con sus fuerzas navales se construyeran baterías que pudieran ofender a la población.

Tan firme era la convicción de que el único medio de detener a los franceses era amenazar su retaguardia, y tal era la seguridad de que en Cádiz sobraban medios, que el 16 de junio salió de la plaza una expedición al mando de Lacy, compuesta de unos 2.000 hombres de los Regimientos Reina, Canarias e Imperiales de Toledo y un batallón de Guardias españolas. El 19 desembarcaron en Algeciras; Lacy situó en Casares unos 1.000 infantes para que en unión de los del general Valdenebro, sirvieran de reserva en la operación que iba a intentar. Se metió en la serranía de Ronda, con objeto de atacar al general Girard que ocupaba a Coín, Alhaurín y Mijas. En Gaucín supo Lacy que Ronda estaba ocupada por fuerzas superiores y aunque las suyas fueron reforzadas con tropas del provincial de Sigüenza y de los voluntarios de Valencia y Alburquerque al mando del Coronel don Juan Antonio Barutell, comprendió que la expedición a Ronda había fracasado. Sin embargo, si la reconquista de dicha ciudad no era posible por entonces, persistió en el plan de llamar sobre sí a parte del ejército francés de Andalucía. En efecto, en combinación con el general Serrano Valdenebro y de Abadía, auxiliado además por las par-

tidas de patriotas, produjo tal alarma en el país, que atrajo sobre él, además de las tropas de Ronda, a los refuerzos enviados desde Sevilla y algunos de las del cuerpo de Sebastiani en Málaga. Todas estas tropas trataron de encerrarlo entre sus combinaciones; pero logró burlarlas y embarcó en Marbella y Estepona en barcos ingleses, que lo dejaron en el Campo de San Roque. El 17 de julio se encontraba nuevamente en disposición de avanzar desde la Venta de Guadiaro; el 28 al fin, viendo el considerable número de franceses acumulados contra él, regresó a Cádiz sin contratiempo alguno.

Un mes después el mismo Lacy con 3.000 hombres, embarcó en una escuadrilla de fuerzas sutiles españolas e inglesas al mando de Maurelles y Cockburn; el 23 de agosto desembarcó entre las torres del Oro y de la Arenilla, a dos leguas de la barra de Huelva. A la una de la madrugada del 24 marchaba sobre Moguer, acompañado de varios cañoneros y lanchas auxiliares, navegando por el río Tinto. Maurelles desalojó al destacamento francés de Palos, que atacado a la vez por la columna expedicionaria dejó bastantes bajas y prisioneros en poder de los españoles. El general Ahrenberg reunió sus fuerzas e intentó el desquite del descalabro de por la mañana; pero fué rechazado y tuvo que retirarse precipitadamente, primero hacia Niebla y después a Sevilla. Copons ocupó a Niebla y

Lacy dió por terminada su misión, regresando el 29 a Cádiz, después de intentar vanamente apoderarse de Sanlúcar.

El sitio de Cádiz proseguía débilmente sostenido por los franceses, y mientras tanto continuaban los preparativos para la reunión de las Cortes; al fin el 24 de septiembre en el pequeño teatro de San Fernando se reunieron los diputados, después de prestar el juramento en la Iglesia mayor. El acto fué saludado por las salvas de los fuertes y escuadras; las músicas y aclamaciones del pueblo acompañaron a los representantes y señalaron el advenimiento de una era de independencia y de libertad regada por tanta sangre generosa.

Ageno este trabajo al desarrollo de los acontecimientos políticos, no detallaremos la labor de las Cortes, que se apresuraron a declararse soberanas y consideraron a la Regencia como dependiente de ellas, habilitándola solo como interina. Los regentes dimitieron el cargo y Muñoz Torrero, primero en su discurso y después en el *casi decreto* que leyó Luján, dió a entender que las reformas que allí se exponían eran una obra preconcebida, meditada y resuelta en reuniones anteriores. El 26 fueron elegidos los nuevos regentes: capitán general don Joaquín Blake, el jefe de escuadra don Gabriel Ciscar y por América don Pedro Agar, capitán de fragata. Como los dos primeros estaban ausentes fué preciso nombrarles sustitutos,

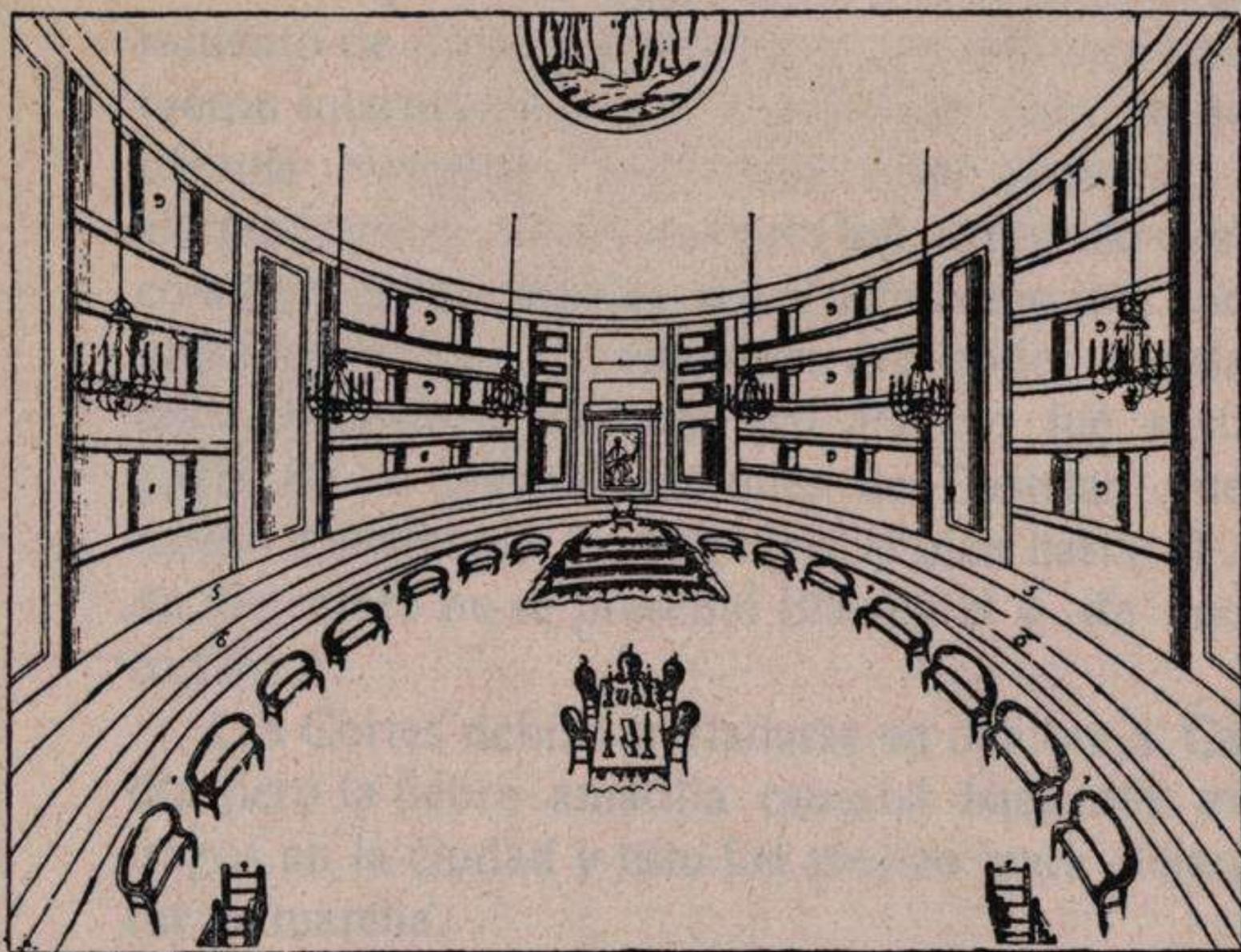
recayendo la elección en el general marqués del Palacio y en don José María Puig.

El marqués del Palacio al pronunciar el juramento de ritual, lo modificó en términos que fueron interpretados como insidiosos para la Soberanía Nacional, levantando tales protestas y alarmas, que el citado marqués fué arrestado e incomunicado, tomándose aquel acto como una conjura tramada por los enemigos del poder legislativo. Después el marqués del Palacio fué sustituido por el general marqués de Castelar, quedando constituida la Regencia, si bien hasta el 8 de diciembre no se presentó Blake y el 4 de enero Ciscar.

Las Cortes debían trasladarse en octubre a Cádiz; pero la fiebre amarilla causaba bastantes estragos en la ciudad y esto fué motivo para demorar la marcha.

Perfeccionados los morteros que bombardeaban la población, lograron los franceses que desde unas baterías establecidas en las Cabezuelas llegaran las bombas los días 16, 19 y 20 de diciembre hasta la plaza de San Juan de Dios y calles inmediatas.

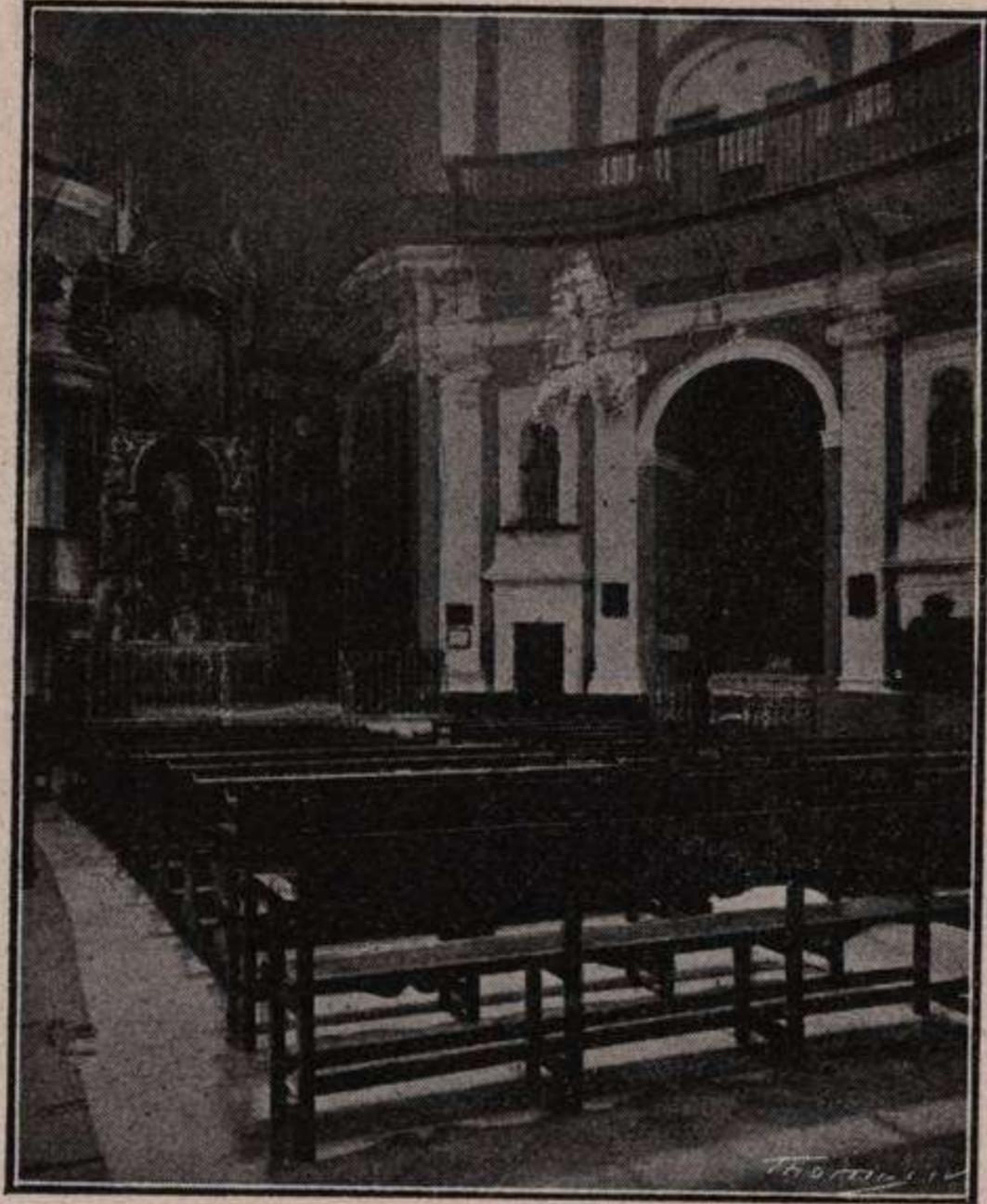
Al fin el 24 de febrero de 1811 se trasladaron las Cortes a Cádiz.



SAN FERNANDO

Vista interior del Teatro de las Cortes
convertido en Salón de Sesiones.

(De un dibujo de la época.)



CADIZ
Iglesia de San Felipe Neri.

IX (V. croquis n.º 3)

EXPEDICIÓN DE LA PEÑA.

BATALLA DE CHICLANA.

El sitio o mejor dicho bloqueo terrestre, se prolongaba con poquísima eficacia, hasta el extremo de que se proyectó una salida de la guarnición para atacar la retaguardia de Víctor. Esta expedición dió por resultado la batalla de Chiclana, llamada también de la Barrosa, del Pinar o del Cerro de la Cabeza del Puerco, el 5 de marzo y cuyos resultados, aunque favorables para los aliados, no fueron todo lo satisfactorios que se esperaba, pues se aspiraba a hacer levantar a Víctor el bloqueo emprendido. Si esto no se consiguió, como veremos, se demostró que el sitio de Cádiz era bastante ilusorio, pues podían salir de la plaza expediciones de 15.000 hombres para atacar la retaguardia del sitiador y ponerlo en situación comprometida.

El jefe de la expedición fué el teniente general La Peña, mandando tres divisiones: vanguardia al mando de Lardizábal, centro al del Príncipe de Anglona y reserva a las órdenes del teniente general inglés Sir Thomas Graham. El proyecto consistía en ejecutar una gran diversión sobre la izquierda y retaguardia de los franceses, a quienes

no era posible atacar de frente, porque además de tener que forzar el río Santi Petri, sería preciso inutilizar varias baterías que defendían el paso de este brazo de mar.

La expedición se embarcó el 26 de febrero en 200 buques de todas clases que al día siguiente arribaron a Tarifa, puerto elegido para desembarcar, por su proximidad a Gibraltar y para que sirviera de base de operaciones, depósito de víveres y municiones y plaza fuerte que podía utilizarse como refugio en caso de un descalabro.

Desde Tarifa, podían seguirse dos direcciones después de salvar el puerto de Facinas, en la estribación que une las dos sierras de Enmedio y de San Bartolomé o Retín. Una vez salvado el puerto, un camino vá por cerca de la costa, faldeando la sierra de Retín entre esta y la Janda; cruza el Barbate en Vejer, el Salado junto a Conil y llega a Chiclana y Cádiz; el otro separándose a la derecha por Casas Viejas y Medina Sidonia, aún mas difícil que el primero, permitía caer sobre el centro y derecha de los franceses. Veamos las ventajas e inconvenientes de cada uno para juzgar después el plan de La Peña y sacar las consecuencias del resultado de una batalla o combate como lo llamaron los franceses, que dió origen a apasionadas controversias en el campo de los aliados hasta el extremo de haber podido dar lugar a un rompimiento entre España e Inglaterra.

Se había convenido en que el general Zayas desde la Isla, echaría un puente sobre el río de Santi Petri y después de destruir las obras de «las Flechas» entre Torre Bermeja y el Molino de Almanza, establecería la comunicación de La Peña con Cádiz; el camino bajo conducía directamente al punto de cita con Zayas. El alto, aunque más difícil, llevaría al ejército a la posición dominante y central de Medina, quedando de este modo envuelta toda la línea francesa, haciendo imposible la continuación del bloqueo de Cádiz, atendiendo los medios de que Víctor disponía, no quedando a éste otro recurso que retirarse a Sevilla, adonde acudirían Soult y Sebastiani, abandonando aquél el sitio de Badajoz y este su expedición a Murcia. En caso de descalabro, La Peña tenía en su favor la posición defensiva de Medina y franca su retirada hacia la serranía de Ronda para desde allí acogerse al amparo de Gibraltar o Tarifa.

Parece, pues, esta segunda vía la más conveniente; pero apenas el ejército se vió en Facinas, La Peña empezó a dudar acerca del camino que debía tomar, perdiendo un tiempo precioso, decidiéndose al fin a realizar la expedición hacia Medina. En la mañana del 2 de marzo envió un reconocimiento sobre Casas Viejas; los húsares alemanes y los carabineros de Whittingham con unos 500 infantes rechazaron a los franceses cogiéndoles dos cañones, causándoles 30 muertos

y haciendo cerca de cien prisioneros. El mismo día 2, Vejer cayó en poder de los aliados donde estos cogieron otras tres piezas de artillería.

Las operaciones sobre Medina no podían empezar mejor; las tropas estaban muy animadas con tal éxito y con la llegada de unos 1.600 hombres al mando del general Begines de los Ríos; los espías y las avanzadas hicieron augurar gloriosos resultados; todo en fin permitía esperar que el bloqueo de Cádiz tocaba a su término. Dueño La Peña de Casas Viejas y Vejer, cambia de opinión y declara abiertamente se dirigirá por el camino de la costa para unirse con Zayas, porque creyó que Medina estaba poderosamente guarnecida (había una corta brigada con 7 piezas de campaña.) No pensó que dirigiéndose con todas sus fuerzas (15.000 hombres y 30 piezas) sobre Medina, solo podría ser vencido por todo el cuerpo de Víctor, que así dejaría desguarnecida la línea de bloqueo. Si los franceses eran vencidos en Medina, quedaban anonadados, y si vencedores siempre Zayas destruiría las líneas del bloqueo y la resonancia de tal hecho sería de un efecto abrumador. Además la marcha sobre Medina, amenazaba la retirada sobre Sevilla, sobre la cual marchaba también Ballesteros. Es decir, que aunque La Peña fuese derrotado en Medina, su derrota sería de fructíferos resultados para Cádiz.

En cambio con la marcha por la costa para

unirse con Zayas aún logrando el objeto perseguido, tendría que luchar con la izquierda de Víctor, que concentrando sus fuerzas, en ninguna otra parte amenazadas y bien fortificadas, fácilmente cambiaría el combate de flanco en uno de frente cuyo resultado no podía ser dudoso. Además si los franceses triunfaban, la destrucción de los aliados era segura, pues no tenían otra retirada que el mar donde serían arrojados.

Se limitó, pues, a enviar un reconocimiento sobre Medina, con un batallón y un escuadrón, que simularon a la vez componer el camino, y durante la noche todo el ejército marchó sobre Conil, desde donde maniobró por su derecha para ocupar el Cerro de la Cabeza del Puerco, altura que dominaba el camino de la costa y se extendía hasta el Pinar de Chiclana. La marcha fué muy penosa; volvieron las dudas acerca de la posición enemiga y de la dirección del camino, perdiéndose así dos horas que debían haberse aprovechado para que la cabeza de la columna estuviese en Santi Petri al amanecer.

Las últimas noticias que Zayas tenía, eran que La Peña atacaba Medina, así es que este último trató de comunicarle las nuevas ordenes correspondientes al plan combinado en Vejer. El día 4 a las 8 y media de la mañana, un oficial embarcó en un falucho a fin de llevar a Zayas instrucciones completas, pero el falucho fué apresado por

un crucero inglés, cuyo capitán viendo que el oficial español no llevaba documento alguno que justificase su misión, lo trató como corsario y mientras se ponía en claro el asunto, el tiempo transcurría y no llegó a tiempo.

A las ocho de la mañana del 5, las tropas de La Peña aparecían en el cerro de la Barrosa, de unos 160^m de altura coronado por una torre vieja que distaba algo más de un kilómetro de la costa. Entre este cerro y el mar pasaba el camino de Conil, que continuaba por la casa de los Guardas y un kilómetro más adelante entraba en el campamento francés del general Villatte, resguardado por «las Flechas» frente a las líneas españolas que se unían por un puente de barcas a través del Santi Petri con el campo español, bajo la protección de las baterías de Blake, Verutia y San Genis, y más en el mar el Castillo de Santi Petri.

Al llegar La Peña a la Barrosa, no se percibía movimiento alguno, Zayas el 3 había echado el puente de barcas, protegiéndolo con caballos de frisa, pero atacado por los franceses a las 12 de la noche, tuvo lugar un combate encarnizado cuyos resultados fueron rechazar a los imperiales, aunque teniendo Zayas que retirar algunos pontones hasta recibir nuevas órdenes que ya sabemos por qué no llegaron a su conocimiento. El puente no fue re- puesto hasta cerca del medio día del 5, cuando ya los ingleses se habían batido en el Cerro y la vanguardia de La Peña se dirigía a la Isla.

Víctor contaba con tres divisiones: Laval, Ruffin y Villatte (unos 16.000 hombres) repartidas en toda la línea de bloqueo; echando mano de todos los recursos y no dejando desamparados puntos importantes, pudo presentar ante los aliados unos 10.000 hombres de infantería, 500 caballos y 20 piezas de campaña. A tal extremo lo había reducido Soult que estaba ocupado en la campaña de Extremadura!

Víctor conocía la presencia del enemigo en Facinas y no pudiendo abandonar a Cádiz, comprendió su apurada situación al saber el ataque a Casas Viejas y la marcha al parecer sobre Medina de los aliados; así es que se dispuso a evitar el nublado que se le venía encima, situando a Villatte en «las Flechas» y él con las otras dos divisiones se colocó entre Medina y Chiclana; pero con grata sorpresa se apercibió del nuevo plan de La Peña cuando sus exploradores de caballería combatieron con los de aquel en el Cerro.

Lardizábal que iba en vanguardia de los aliados, entabló el combate con Villatte que rechazó a los españoles y les tomó dos piezas; pero puesto Lardizábal a la cabeza del Regimiento de Murcia y reforzado por la reserva y por la división de Anglona, recobró la artillería y obligó a los franceses a retirarse hacia Chiclana, abandonando su campo y posiciones, ocupadas por Lardizábal, que estableció las comunicaciones con la Isla, principal objeto de La Peña.

Desde este momento La Peña cree que su misión ha terminado; se desatiende de todo y solo procura mantener su conquista y unirse con Zayas, dejando que Graham con su división se las hubiese con Víctor que acudía al lugar del combate. Tendido el puente, la división de vanguardia y la del Príncipe de Anglona, emprenden el movimiento para pasar el Santi Petri. Cantabria, Sigüenza, voluntarios de Valencia, un batallón inglés al mando de Brown y la caballería de Whittingham quedaron en la falda meridional del Cerro a las órdenes de Begines.

Graham continuó su marcha hacia Torre Bermeja; pero al llegar a la falda oriental del Cerro, supo que los franceses se presentaban para ocupar la altura, llave de todas las posiciones, comprendiendo que dueños de ella la pérdida de los aliados era segura. En efecto, Ruffín con una brigada avanzaba hacia el mar y la caballería intentaba envolver la posición; por la derecha Laval con otra brigada y la artillería amenazaba caer directamente sobre Graham, cuya situación era bastante crítica; afortunadamente las fuerzas de Begines contuvieron a Ruffín y Graham pudo desplegar sus fuerzas.

El brigadier Dilkes, apoyado por diez cañones establecidos por Duncan, atacó el cerro, donde Ruffín se batía ya con las fuerzas mencionadas anteriormente. El combate fué encarnizado; los ingle-

ses sufrieron bajas enormes y la victoria estaba indecisa, cuando Brown se lanzó a la bayoneta y los húsares ingleses dieron una violenta carga que conmovió a los franceses; la llegada de los batallones españoles de Begines terminó la derrota de Ruffin, que fué herido y hecho prisionero, muriendo unos días después.

En la izquierda inglesa el coronel Wheatley con tres compañías de guardias *colds tream* y un batallón de flanqueadores se lanzó contra Laval y aunque éste por el pronto resistió, retrocedió al fin con pérdida de muchos prisioneros, el águila del 8.º Regimiento y un obús.

Víctor comprendió que su plan había fracasado (*qu' il avait fait une ecole*, dice el coronel Vigorousillón) y se retiró del campo de batalla.

La Peña, entre tanto unido ya a Zayas, en vez de auxiliar al general Graham, continuaba en los alrededores del puente, temiendo una reacción de Villatte sobre el molino de Almansa o la aparición de Ruffin a quien creía victorioso sobre su retaguardia. En esta posición permaneció hasta que llegaron las noticias de la victoria a la que no quería dar crédito.

La falta de La Peña no tiene disculpa, pues pudo dar lugar con su inacción a un desastre irreparable. En cambio, si dejando a Zayas y Lardizábal ante Villatte, acude con el Príncipe de Anglona al lugar del combate, la victoria hubiera

sido más decisiva porque pudiendo perseguirle entonces tenazmente, el levantamiento del bloqueo era inmediato.

Los franceses perdieron más de 2.000 hombres entre muertos y heridos, 500 prisioneros, un águila y seis piezas de artillería. Los ingleses tuvieron 1.000 individuos de tropa y 50 oficiales y los españoles 200 bajas. Las tropas de Graham quedaron extenuadas de fatiga, pernoctaron en los alrededores de Torre Bermeja y el 6 el general inglés se metió en la Isla con su división, sin atender a ruegos ni observación alguna.

Aunque la victoria fué de los anglo-españoles, el plan de la expedición había fracasado. Los franceses, una vez los aliados en Cádiz, volvieron a sus anteriores posiciones continuando el bloqueo y pidiendo a Sevilla recursos, sobre todo artillería potente, que hiciera tener apariencia de un sitio a lo que se podía llamar bloqueo ineficaz.

El general Begines no entró en Cádiz; retrocedió hacia el Campo de San Roque, apoderándose el 8 de Medina, rechazando después un ataque de los franceses que trataron de recuperarla, y demostrando así que la empresa primeramente proyectada era bien factible.

Por el extracto hecho de la batalla de Chiclana se comprende fácilmente el motivo de la discordia que dividió a los generales aliados. Graham trató duramente a La Peña y apoyado por We-

llington, estuvo a punto de causar un rompimiento; la prudencia de Wellesley y de la Regencia evitó mayores males. A La Peña se le formó procedimiento, del que salió a salvo su honor militar, pero sirvió de satisfacción a Graham. Después se dió a La Peña la gran cruz de Carlos III y se ofreció al inglés un título nobiliario que tras una serie de vacilaciones fué rehusado, porque lo grotesco del nombre, aún recordando un comportamiento heróico, se prestaba a interpretaciones de mordaz y burlesco sentido, sobre todo en boca de los naturales de aquel país tan dado a la broma y crítica satírica.

Graham fué relevado del mando y sustituido por Cook, así como La Peña por el teniente general Marqués de Conpigny.

X

TRABAJOS DEL SITIO.

DESASTRE DE GODINOT

El nulo resultado de la batalla de Chiclana para el levantamiento del sitio de Cádiz y al mismo tiempo la rendición de Badajoz y Tortosa reanimó a los franceses, que trataron por todos los medios de hacer más estrecho el cerco de la plaza.

La llegada al parque de sitio de los morteros a la Villantroys hizo concebir esperanzas de que, atendiendo a los efectos que de ellos se esperaba, el bombardeo de Cádiz se llevaría a cabo con una eficacia hasta entonces desconocida.

Ya antes el general Didon había hecho construir en Sevilla para el sitio dos morteros de 12 pulgadas de recámara esférica y cuyo alcance llegaba a 1.900 toesas. Napoleón envió después el diseño de un obús de a ocho que le presentó el coronel Villantroys, del cual se construyeron ocho, que con ángulo de 44° alcanzaban a 2.000 toesas. Este mayor alcance, daba más longitud a la trayectoria y ocasionaba la prematura explosión de la carga interior, por no tener el mixto de la espoleta suficiente duración. El general Ruty, en Sevilla, modificó el proyecto, fundiendo obuses de 10 pulgadas y de mayor longitud de calibre, con lo cual se consiguió alguna mayor velocidad inicial y un alcance de 2.400 toesas. Sin embargo, el defecto de la composición del mixto subsistió y no pudo conseguirse, en la mayoría de los casos, que las bombas estallasen sino antes de su llegada al blanco. Lograron aumentar el alcance rellorando los proyectiles con plomo, convirtiéndolos en sólidos y causando con ellos solamente efectos de hundimiento, fácilmente reparables, y sin el mayor y mas importante de la explosión único capaz de deprimir la moral de la población civil.

También trataron de emplear los franceses los cohetes a la Congreve con objeto de producir incendios en los edificios y en los buques. Se ensayaron en Tablada con mal éxito en cuanto al alcance, así como otros ingenios llamados «infierno» por el gran número de balas que conducían, tratando de imitar en gran escala a los célebres «Shrapnel» empleados por los ingleses en Portugal.

A pesar de todo, los proyectiles franceses conseguían llegar algunas veces a las calles de Cádiz, pero el ánimo de los habitantes no decayó; por el contrario, se organizó al mando de Zayas una expedición de 5.000 hombres y 250 caballos que el 16 de marzo salió con rumbo a la desembocadura del Tinto y el 31 regresó a Cádiz sin haber hecho nada notable, sino aguantar ese día un terrible temporal que causó grandes destrozos en cuantos barcos mercantes había fondeados y que arrastrados por las olas y el viento encallaron en la costa, cayendo en poder de los franceses, entre ellos uno con 850 quintales de pólvora.

El 16 de abril, el general Blake con dos divisiones de infantería y dos escuadrones de caballería, embarcó para Ayamonte, adonde llegó el 18, reuniéndose con Ballesteros en Castillejos para operar en el condado de Niebla y sobre el flanco y comunicaciones de Extremadura y Sevilla.

La situación de Soult, general en jefe del ejército de Andalucía, se pinta claramente en la carta que dirigía a su Rey: «Un ejército anglo-portugués amenaza a Badajoz; uno anglo-español se forma en el condado de Niebla; uno en la Isla amenaza al mariscal duque de Bellune y el de Murcia ha atacado el ala izquierda del 4.º cuerpo. Cumpliremos con nuestro deber, pero el ejército imperial del Sur está demasiado débil para poder garantizar el feliz éxito que V. M. debe esperar de sus ejércitos.»

Las fuerzas de Blake, con los generales Zayas y Lardizábal, tomaron parte un mes después en la gloriosa batalla de Albuera, interviniendo así la guarnición de Cádiz, como había ya sucedido en la rendición de Rosilly, capitulación de Bailén y Chiclana, en un nuevo triunfo de nuestras armas contra los ejércitos imperiales. El nombre de Soult se unió a los de Rosilly, Dupont y Víctor, entre los humillados por los defensores de Cádiz, que tenían un nuevo florón que unir a la corona de sus victorias.

Fuera de Cádiz, en la Serranía de Ronda, Ballesteros conseguía algunas ventajas sobre los franceses, principalmente el 25 de septiembre que cayó sobre el general Rignoux cerca de Jimena, dispersándole y causándole 1.000 bajas. Soult envió al general Godinot con 5.000 hombres hacia Marbella y Manilva y ordenó a Víctor destacase de la

línea de Cádiz a los generales Barrois y Semelé hacia Castellar al primero y a Vejer y los Barrios el segundo, con objeto de envolver a Ballesteros, con mas de 10.000 hombres. El general español salvó la combinación y se metió en Gibraltar y los tres franceses después de fracasar Barrois ante Castellar, se reunieron el 15 de octubre en San Roque.

Godinot, para vengar el mal éxito de sus operaciones, se preparó para atacar a Tarifa, cuya guarnición estaba reforzada con 1.200 ingleses al mando del coronel Skerret, pero no pudo ni llegar ante los muros de la plaza, pues la escuadra inglesa batía perfectamente el camino de la costa, único que podía seguir llevando la artillería. El 21 los generales franceses, emprendieron la retirada hacia Sevilla y Cádiz. Al llegar Semelé a Bornos fué sorprendido el 5 de noviembre por Ballesteros que lo derrotó por completo causándole muchas bajas, cogiéndole 100 prisioneros, muchos fusiles y bagajes. El desastre de la expedición fué completo; Soult no encontró otro recurso que imputárselo a Godinot, tratándolo cruelmente hasta el extremo de que el general francés herido en su dignidad se suicidó.

XI

LAS CORTES DE CADIZ.

PROYECTOS DE SOULT.

Mientras tenían lugar todos estos hechos militares, en Cádiz se trabajaba en la elaboración de la célebre Constitución (cuyo proyecto fué presentado el 18 de agosto de 1811) interrumpida frecuentemente por las discordias entre Regencia y diputados;) llegándose a tomar en serio el rumor de una conspiración para que aquella se disolviera, corriéndose la voz de que estaban a las puertas de Cádiz 6.000 soldados del ejército de la Isla sublevados. El 26 de octubre de 1811 el público que asistía a la sesión se amotinó, teniendo el presidente que suspender el acto; no terminó con esto el escándalo, pues el pueblo se trasladó a San Felipe Neri con objeto de maltratar al diputado Valiente, que gracias al tacto y energía del gobernador Villavicencio pudo escapar refugiándose en un buque de guerra.

El proyecto de Constitución se empezó a discutir el 25 de agosto, oyéndose en el transcurso de las deliberaciones ideas peregrinas, como las desarrolladas por Muñoz Torrero el 2 de septiembre, pretendiendo extender los fueros de Aragón

y Navarra a todas las provincias de España, igualándolas así «para que formen una sola familia, con las mismas leyes y gobierno.»

Mientras las Cortes y el Gobierno funcionaban sin otros inconvenientes que los surgidos en su mismo seno, el mariscal Víctor en el exterior solo podía disimular su forzada inacción, construyendo alguna que otra batería y reforzar sus líneas para asegurarse contra algún nuevo ataque o salida de la plaza. Las obras de Matagorda estaban victoriosamente contrarrestadas por el castillo de Puntales y por el fuego de los buques de la escuadra y de las fuerzas sutiles de Valdés.

A fuerza de trabajos, rellenando de plomo los proyectiles huecos, consiguieron hacer llegar algunos de ellos a las calles de Cádiz, siendo objeto de burlas por parte de los habitantes. Como Víctor no podía olvidar el apuro en que se vió al ser atacado por La Peña en Santi Petri, sus trabajos se dirigían a reforzar su izquierda, limitándose en los demás puntos a mantener la apariencia de sitio contra Cádiz haciendo fuego para producir alarma en la Isla o perturbar las sesiones de Cortes o fiestas que pudieran celebrarse; llegando los gaditanos a acostumbrarse a esas demostraciones en tales términos, que estando representándose una noche en el Teatro la comedia de Martinez de la Rosa «Lo que puede un empleo,» un proyectil pasó rozando el techo y con gran estrépito cayó en una casa próxima, sin que la función se suspendiera.

En cambio Soult, que escatimaba a Víctor los recursos para rendir a Cádiz, quería a toda costa acabar con Ballesteros, que puede decirse campaba a su antojo por la serranía de Ronda y Campo de San Roque. Asegurada su retaguardia por Gibraltar y con la base de Tarifa adonde afluían toda clase de recursos procedentes de Cádiz, se animó hasta el extremo de aspirar a recobrar a Sevilla, rehusando el mando del 2.º y 3.º ejército que operaban en Valencia. Irritado Soult se decidió a dirigir una expedición en grande contra Ballesteros, apoderándose a la vez de Tarifa, aislando así a Cádiz y privándole del puerto citado.

XII (V. croquis núm. 4)

SITIO DE TARIFA. — RETIRADA DE LOS FRANCESES.

Para llevar a cabo sus planes el duque de Dalmacia formó un cuerpo de unos 14.000 hombres con numerosa artillería a las órdenes del general Laval, jefe del 4.º cuerpo, en cuyo auxilio iría también desde Cádiz el mariscal Víctor, quien tomaría al fin el mando en jefe de las tropas del sitio, al cual concurriría la artillería de sitio sacada del de Cádiz.

En Puerto Real reunió el general d'Aboville un tren de sitio compuesto de:

6 cañones de 16, con	1.850 proyectiles.
6 » 6,	1.850 »
2 obuses de 8 pulgadas con	700 »
2 » 6 »	700 »

Además 500 granadas de mano, 28 fusiles de parapeto, 11 toneladas de pólvora y 340.000 cartuchos de fusil. Un abundante material de ingenieros, cuyo comandante general era el general Garbé, con ocho oficiales y 305 ingenieros, completó los medios acumulados contra una plaza de orden muy inferior, cuyo recinto se componía de una muralla de unos dos metros de espesor, de la época medioeval, flanqueada por torres, que la mayor parte no podían soportar artillería. La muralla forma un cuadrilátero, en cuyo ángulo S. O. está el *castillo* llamado *de los Guzmanes*, desde el cual lanzó Guzmán el Bueno el año 1294 su puñal, en respuesta al ultimatum que le fué dirigido por los árabes. El castillo citado, que viene a ser la ciudadela de la plaza, se compone de un recinto torreado, bastante endeble, y comunica por una muralla con el fuerte de Santa Catalina, situado al principio de un istmo de arena de 800^m de longitud que une el continente con la antigua Isla de las Palomas o de Tarifa. La isla es de forma casi circular de unos 250^m de radio; en su ex-

tremo meridional existía un fuerte que dominaba el mar.

No existían obras exteriores, solamente al N. O. de la plaza, el barrio y convento de S. Francisco, podían habilitarse como posiciones avanzadas, pero no servían para resguardar a Tarifa de un ataque a viva fuerza.

El armamento era: cinco cañones y dos obuses, mal asentados en un terraplén estrecho y sin espacio suficiente para su servicio. La guarnición al mando del general Copons se componía de 1.300 españoles y 1.700 ingleses a las órdenes del coronel Skerret.

Como se vé, Tarifa no tenía condiciones de plaza fuerte; sin obras exteriores que alejasen al sitiador, evitaran un bombardeo eficaz y la garantizaran contra una sorpresa, parecía imposible pudiese resistir un ataque con la artillería y medios que Soult enviaba contra ella. Verdad es, que Tarifa tuvo a su favor otros dos elementos con los cuales no contaban los franceses: el valor de sus defensores y un prolongado temporal de agua y viento que deshizo los trabajos de aproche y dispersó cuantos medios trataron de emplear los sitiadores para abrigarse y vivir en medio de una verdadera laguna de agua y barro.

Las fuerzas francesas se componían de dos divisiones: Barrois del 4.º cuerpo y Leval con tropas del 1.º; además tres batallones del 8.º y 63.º de lí-

nea y dos escuadrones del 2.º de dragones, que se situaron en Facinas y Vejer para cubrir las comunicaciones. Todas las fuerzas componían un total de 9.585 infantes, 585 caballos, 470 artilleros con 458 caballos y 313 ingenieros.

Para inutilizar a Ballesteros, el 21 de noviembre, salió el general Barrois con la 2.ª división del 1.º cuerpo, para los Barrios y Algeciras; el general Pecheux marchó al Puerto de Ojén y los Pedregosos, y el general Leval, desde Málaga, con 3.000 hombres de infantería, 500 dragones y una batería de montaña hacia Gibraltar. Estos movimientos combinados obligaron a Ballesteros a refugiarse en la plaza inglesa.

Víctor, el 2 de diciembre, con tres batallones de infantería y dos escuadrones de dragones se situó en Vejer a fin de vigilar desde allí el bloqueo de Cádiz y sitio de Tarifa. El general Garbé marchó a Facinas para arreglar las vías de comunicaciones, que eran dos: una por Puerto Llano y la Virgen de la Luz, intransitable para la artillería, y la otra por el puerto de Facinas, el Valle, Casas de Porro y Torre de la Peña. Este último camino era de carros, y sin grandes dificultades podía habilitarse para el paso del tren de sitio. Torre de la Peña estaba construida sobre un peñasco situado al lado de este último camino, muy cerca del mar y terminación de la Sierra de Enmedio que se eleva hasta unos 400^m de altitud; entre ésta y la de S. Bartolo-

mé paralela a ella y de igual altura, desciende desde el collado de Facinas al arroyo del Valle, a lo largo del cual baja el camino. Este estaba cortado en el desfiladero formado por Torre de la Peña (a 10 kilómetros de Tarifa) y el mar; cortadura batida por los cañones de dos fragatas, una goleta y dos cañoneras ancladas a alcance eficaz. El general Garbé se decidió por este camino, pensando alejar los barcos citados por medio de dos baterías que establecería cerca del mar.

El 8 de diciembre, el tren de sitio se reunía en Vejer, marchando Víctor sobre Tarifa; Barrois debía cubrir la operación y Leval se unió en el collado de Ojén y los Pedregosos con la brigada Pecheux. Un batallón del 8.º Regimiento y dos del 54.º quedaron en los Barrios para reforzar a Barrois y vigilar a Algeciras que fué desalojado.

Leval, con algunos carros de municiones, atravesó el 9 por la noche la *laguna de la Janda* llegando a las *casas de Tahibilla*: pero la artillería no avanzó más que hasta 4 K.^m de Vejer. Durante 48 horas una lluvia torrencial convirtió en un inmenso pantano todo el camino entre Vejer y Facinas; la laguna de la Janda, desbordada, quedó impracticable; las acémilas y los caballos de los dragones que trataron de cruzarla, perecieron ahogados, y los soldados, refugiados en las pequeñas elevaciones del terreno, estuvieron dos días sin víveres ni probabilidad de recibirlos.

Barrois, en los Barrios, se encontraba en situación parecida, pues la vega del río Palmones era una inmensa laguna; el 12 al fin pudo ponerse en marcha y llegó el 13 a los Pedregosos, sin víveres ni recursos de ningún género. El mariscal tuvo que formar un depósito de víveres en Vejer, con los que sacó de sus almacenes del bloqueo de Cádiz.

El 14, el tren de sitio salió de Vejer escoltado por la brigada Pecheux, no pudiendo llegar más que hasta Tahibilla, siendo preciso enganchar hasta 40 y 50 caballos a cada pieza de sitio para sacarla del barro donde quedaban atascadas. Hasta el 18 no pudieron llegar las 12 piezas a las casas del Valle, empleando cuatro días en recorrer 20 kilómetros de camino, inutilizándose cerca de 100.000 cartuchos que los soldados conducían en sus morrales y cartucheras.

Como el camino quedó por completo destruído por las aguas, los ingenieros tuvieron que habilitar otro algo más elevado por la falda de la Sierra de Retín.

Ballesteros intentó favorecer a Tarifa, atacando el 18 a Barrois en Ojén y Pedregoso; pero fué rechazado, refugiándose de nuevo en Gibraltar. Este ataque se combinó con una salida de la guarnición por el camino de Puerto Llano y Virgen de la Luz, al mando de Copons, que fué al fin contenido por la brigada del general Chasseraux. Las

dos divisiones francesas marchaban el 19 sobre Tarifa; la 1.^a por el camino de Puerto Llano hasta la Virgen de la Luz, donde quedaron en posición y la 2.^a por Torre de la Peña desembocó en la campaña de Tarifa.

El general Copons, partidario sin duda de los principios fundamentales de una buena defensa activa, trató de disputar el terreno exterior a los franceses y se situó en las alturas inmediatas con dos piezas de artillería. Barrois con su división apoyado por parte de la 2.^a, obligó a Copons a acogerse bajo los muros de la plaza y al apoyo de los cañones de la escuadra. Los días 21 y 22, Skerret hizo otras dos salidas, que solo lograron tener en constante alarma a los sitiadores.

Leval había hecho construir durante las noches del 19, 20 y 21, una batería para 4 cañones de 12 y 2 obuses; en la costa al pie de Torre de la Peña, batería que ocultaron a fin de no revelar sus proyectos; la cortadura del camino se reparó, consiguiendo así que el 22 el tren de sitio, sin percance de importancia, pasase el desfiladero y se instalase en el parque, al pie de un montículo, situado a la derecha de las líneas francesas, que lo desenfilaban del fuego de los barcos. El sitio de Tarifa empezaba.

En la noche del 23 al 24, favorecidos por la configuración del terreno, abrieron la primera paralela a 230^m de la plaza, empleando 200 soldados

de infantería y 150 zapadores, e inmediatamente empezó la segunda a 150^m unidas ambas por su correspondiente ramal. Hasta las siete de la mañana no se apercibieron en la plaza de tales trabajos, rompiendo entonces un fuego muy vivo, pero poco eficaz porque los trabajadores ya estaban a cubierto.

En la meseta de la izquierda, durante la noche del 24 al 25, empezaron los franceses análogos trabajos, que tampoco fueron notados hasta el día, logrando prolongar la 2.^a paralela hacia su izquierda. Siete muertos y 30 heridos tuvieron los franceses en esas dos noches.

En la noche del 25 al 26, se construyó la batería n.º 2, a 140 metros de la muralla, que debía armarse con 4 cañones de 16, para batir en brecha el muro de la puerta «del Retiro», y dos de a 12 para apoyar los fuegos de la Torre de Jesús. Se empezó igualmente la batería n.º 1 con dos piezas de a 12 y 4 obuses, a fin de apoyar a la n.º 2 y alejar los buques anclados en la rada. La plaza sostuvo un vivo fuego, estorbando cuanto pudo los trabajos franceses.

En las noches siguientes se perfeccionaron las paralelas, explanadas, etc., se construyeron dos plazas de armas, una frente a la Torre llamada del Corchuelo y otra que dominaba el adarve y el interior de la Ciudad.

La lluvia arreciaba desde hacía dos días, siendo

preciso arreglar durante la noche del 28-29 los grandísimos desperfectos causados por el temporal. El 29 por la mañana, Copons dispuso una salida con 400 hombres, que causaron algunas bajas y lograron producir algunos destrozos.

El duque de Bellune, que veía el tiempo cada vez peor, trató de impulsar los trabajos y a este fin trasladó su cuartel general a la Virgen de la Luz. Entre diez y once de la mañana, se rompió el fuego contra Tarifa, con 12 piezas; la batería n.º 2 empezó la brecha cerca de la puerta «del Retiro», consiguiendo a las tres de la tarde tuviese 17 metros de ancha y desmontando las dos piezas que en la Torre de Jesús flanqueaban la cortina. Al día siguiente 30, la batería expresada continuó su obra destructora, dejando la brecha practicable.

Leval, en vista de este resultado, intimó la rendición a Copons, que con enérgicas palabras desechó sus proposiciones, manifestándole al mismo tiempo que en lo sucesivo no recibiría parlamentarios.

El fuego se reanudó, los trabajos de zapa se fueron acercando al pie de la brecha, apesar de los destrozos que las aguas hacían en todos los aproches. La situación de los sitiadores era bastante apurada: sus comunicaciones con Vejer, interrumpidas por los torrentes crecidos con la lluvia, impidiendo la llegada de víveres; los soldados sin abrigo, sin medios de secarse y sin posibilidad de

cocer los ranchos escasos de que disponían; no es extraño pues, que pidiesen ir al asalto para poner término a sus penalidades. Leval quiso aprovecharse de ese entusiasmo y dispuso la operación para el día siguiente al amanecer. Por la noche se reconoció la brecha por los capitanes Merlis, Marconnier y Vernon que debían dirigir las columnas, estando los tres de acuerdo al considerarla practicable. La artillería arreció su fuego con objeto de alejar a los defensores de las murallas y todas las compañías de granaderos y cazadores recibieron órdenes de concentrarse en la primera paralela, formándose dos batallones de las primeras al mando del coronel Combelle y otros dos de los segundos al del coronel Lacoste. La lluvia retardó esta reunión hasta bien entrado el día, así es que se apercibieron en la plaza y tomaron las disposiciones convenientes para oponerse al asalto; la guarnición ocupó nuevamente la muralla y las azoteas de las casas próximas, retirándose los habitantes a la Isla de las Palomas. Veinte barcos de guerra se aproximaron cuanto les fué posible, para ayudar a rechazar el asalto cada vez más inminente.

A las nueve, los granaderos avanzaron a la carrera a lo largo del arroyo que atraviesa la ciudad; los cazadores, sostenidos por la brigada Cassagne, mantenían nutrido fuego por la izquierda, y la brigada Pecheux por la derecha, obligaba a los tarifeños a no desatender esta parte.

El terreno por donde avanzaban los granaderos era excesivamente gredoso, formándose por las aguas disimulados estancamientos sumamente peligrosos, llamados en el país *tembladeras*; este obstáculo natural, con el cual no contaban los asaltantes, los detuvo; los granaderos empezaron a tirotearse con los defensores, sufrieron bajas de importancia, se desordenan y llega la columna en completa confusión al pié de la brecha, cuyo talud no era ya más que un informe montón de piedra y barro pegajoso imposible de escalar. Algunos más esforzados lograron trepar, llegando al terraplén sin poder pasar de allí; los granaderos trataron en vano sostenerse, no quedando otro recurso que retirarse, después de sufrir unas 300 bajas en el infructuoso asalto, de ellas 15 oficiales, en las dos horas que duró.

Aquella noche y al día siguiente 1.º de enero fueron crudísimos, haciéndose cada vez más crítica la situación del ejército. La incomunicación con Vejer subsistía, haciéndose extensiva hasta entre los distintos campos de los sitiadores; la artillería no tenía municiones y la mayor parte de las de fusil se inutilizaron; los caballos morían de fatiga y hambre y los soldados desde cuatro días antes carecían de pan. Extenuados de fatiga, recibían sobre su cuerpo mal cubierto de restos de uniforme, el agua helada impulsada por un viento huracanado, metidos en fango hasta las rodillas; no teniendo nin-

gún medio de secarse, ni de procurarse el más ligero abrigo, no podían dormir ni de día ni de noche. El mariscal Víctor, que veía su ejército dispersado en busca de alimento y de abrigo, se resistía a abandonar el sitio; ordenó a sus oficiales redoblar la energía, animando el valor de sus tropas en espera de algunos días de buen tiempo que secaran el piso y permitieran reanudar los trabajos.

Los días 2 y 3, para distraer a sus soldados, las baterías dispararon unos cincuenta tiros. Víctor hizo presente a Leval la mala elección del punto donde se hizo la brecha, indicándole que de acuerdo con ingenieros y artilleros podía dirigir un nuevo ataque contra la Torre de Jesús, empleando la mina si fuese necesaria. Leval le describió todos los sufrimientos del ejército y las dificultades con que tropezaban los trabajos del sitio; pero Víctor consiguió convencerlo ante la mejoría que el tiempo presentaba. Pero en la noche del 3 al 4, una tempestad acabó con lo que quedaba, y como al día siguiente continuase sin esperanza de cesar el temporal, el general d'Aboville tomó las disposiciones necesarias para salvar todo lo que fuese posible del material, destruyendo el resto; a la vez el general Garbé reunió los materiales de que pudo disponer para construir puentes sobre los torrentes.

La retirada se emprendió el 5 a las tres de la mañana, cubierta por la division Barrois, que tomó posiciones en las alturas de la Virgen de la Luz,

cerca del río Salado. A las seis, la 2.^a división había cruzado el río, retirándose entonces Barrois a la Torre del Rayo y después las brigadas de la 1.^a a la de la Peña. A las diez, todos los franceses pasaron el desfiladero de Torre de la Peña, seguidos de algunos caballos de la guarnición de Tarifa y de los fuegos de una fragata inglesa.

El 6 continuó sobre Tahibilla la evacuación del material y heridos, no consiguiendo retirar más que los dos obuses de 6 pulgadas y dos carruajes con heridos. El cañón de 12 y los furgones de municiones quedaron atascados en el fango con parte de sus tiros de caballos. Las tropas llegaron el 7 a Vejer, donde permanecieron algunos días para reponerse; las del 4.^o cuerpo marcharon por Jerez sobre Morón y las del 1.^o se restituyeron a sus líneas de Cádiz.

Así terminó, dice Belmas, esta expedición que por las fatigas, la miseria y las enfermedades, fué una de las más desgraciadas de la guerra de la Península.

XIII

EL SITIO EN 1812.—LEVANTAMIENTO DEL SITIO DE CADIZ.

Con el levantamiento del sitio de Tarifa empezó el año 1812, de fecundos y felices resultados

para las armas españolas. En las Cortes continuaba la discusión del proyecto de Constitución, a la que dieron fin el 18 de marzo, que fué promulgado y jurada al día siguiente en medio de grandes fiestas, general alborozo y entusiasmo, mezclándose las salvas de la artillería de Cádiz, con el estampido de los cañones franceses que celebraban la fiesta onomástica de su Rey José I.

De la Constitución tan laboriosamente discutida solo citaremos los dos capítulos del Título VIII que se refiere al Ejército: el I trata *De las tropas en activo servicio*; y el II *De las milicias nacionales*. El ejército permanente es objeto del primer capítulo en forma muy semejante a la actualidad, declarando al final que «ningún español podía excusarse del servicio militar cuando y en la forma que fuere llamado por la Ley.» El capítulo II fué muy discutido, porque se trataba de facultar al Rey para disponer de las milicias, redactándose al fin el artículo 365 en la forma siguiente: «En caso necesario podrá el Rey disponer de esta fuerza dentro de la respectiva provincia; pero no podrá emplearla fuera de ella sin otorgamiento de las Cortes.»

Desde principios de año figuraba una nueva Regencia presidida por el duque del Infantado, quien entró en Cádiz entre las salvas de la plaza y el bombardeo de los franceses, que arreciaban su fuego siempre que en la ciudad se celebraba algún acontecimiento.

Después del fracaso de los obuses de Villantroys, la maestranza de Sevilla fundió otros, cuyos proyectiles caían en sitios a donde nunca habían llegado, causando un estrago que si bien no impuso a los gaditanos, sí les obligó a buscar en la plaza o en la Isla refugios donde estar al abrigo de las nuevas bombas. En los primeros días de julio arreció el bombardeo, cayendo en la ciudad unas 50 o 60, alcanzando a la plaza de S. Antonio, inmediaciones de Capuchinos, San Francisco, calles de Doblones y del Camino, calle Ancha y plaza de San Juan de Dios, donde cayó alguna de 6 arrobas y media de peso, con carga interior de pólvora. Mucha gente, no acostumbrada a los efectos de estos proyectiles, se fué a la Isla y al campo y barrio del Carmen durante la noche; bajo las murallas se habilitaron locales a prueba, donde se alojaban familias enteras; y los particulares tomaron medidas análogas para guarecerse de las *bombas grandes*, pues de las otras, de unas 75 a 80 libras nadie se preocupaba; no tenían, en general, carga interior y sus efectos eran perforar dos o tres techos o una pared gruesa alcanzando unos 200^m más que las otras.

A pesar de todo, el ánimo no decayó un momento, ni se interrumpieron las patrióticas funciones para conmemorar los acontecimientos desarrollados. Como medidas preventivas de natural prudencia, el Cabildo eclesiástico se trasladó de

la Catedral a Capuchinos, el Ayuntamiento se reunía en el Carmen, y en el campo de Santa Catalina se construyeron barracas para la parte del vecindario más expuesta al fuego. Los Regentes y las Cortes no cambiaron de alojamiento, ni tomaron medidas para precaverse de las bombas, despreciando sus efectos, limitándose a reparar los desperfectos causados en sus edificios.

El 18 de julio, el bombardeo empezó a las ocho, repitió a las 12, no pasando las granadas de San Francisco; a las 3 se reanudó, cayendo 13 proyectiles, uno en la tapia de San Francisco y otro en la calle de Santa Inés, cerca de la de Amargura; al ponerse el sol volvió a repetirse, así como a las 12 de la noche, no pasando los proyectiles de los alcances anteriores, sin causar en todo el día una sola baja.

En esta forma continuó con mayor o menor intensidad, según se recibían municiones en el campo francés, recrudeciéndose durante la noche los días 28 y 29, pero cayendo pocos proyectiles en la población, tal vez por causa del fuerte poniente que reinaba.

El 31 de julio, estando en sesión las Cortes, se presentó en ellas el Ministro de la Guerra y en voz alta, con el mayor entusiasmo, gritó: «¡La derrota de Marmont!» Era la noticia de la victoria de los Arapiles. El efecto fué enorme; gritos de ¡viva la Nación!: aplausos, exclamaciones de albo-

rozo, griterío ensordecedor, etc. Todo era poco para representar la alegría de que estaban poseídos, viendo el final del sitio. Una diputación de las Cortes pasó al alojamiento de lord Wellesley, hermano de lord Wellington, para felicitarle, y poco después se celebró una fiesta en la Alameda en honor del mismo. Los franceces intentaron interrumpirla con un violento cañoneo, enviando un parlamentario, amenazando con aumentarlo si no les entregaban los prisioneros que había en Cádiz, recibiendo como respuesta los despachos que anunciaban la derrota de Marmont, su retirada a Valladolid y Burgos y la salida de José Bonaparte de Madrid para Valencia.

El Rey José, desde Segovia comunicó el 29 de julio la triste noticia al mariscal Soult, dándole la *orden formal* de evacuar Andalucía y marchar hacia Toledo; pero el duque de Dalmacia se resistió por completo a obedecerle, arreciando por el contrario el fuego de sus baterías contra Cádiz hasta el 25 de agosto. Fué preciso que el 17 de dicho mes, se le reiterara desde el Toboso la orden de evacuación en tales términos, que no pudo por menos de obedecer al recibirla el 25 antes citado.

El día anterior, aún trabajaban los franceses en la batería del Molino de Guerra, en la segunda avanzada del Arrecife y en el Castillo de Chiclana; haciendo fuego contra Cádiz las baterías de la Cabezuela y la del Angulo, así como el Fuerte Luis

contra Puntales. Por su parte, los ingleses continuaban los trabajos del reducto del Cerro de los Mártires, los portugueses en el foso de Torregorda y los prisioneros construían una nueva batería a la orilla del río Arillo.

En la mañana del 25, se divisaron incendios en las baterías francesas, gran movimiento de fuerzas y abandono de posiciones. Las tropas de la Isla salieron de sus puestos y demolieron las obras francesas. Después, los buques ligeros se arriesgaron hasta Sanlúcar, Rota y el Puerto de Santa María, encontrándolos sin enemigos, atestiguando así el levantamiento del sitio.

Grande fué el botín de guerra recogido por las tropas y abandonado por los franceses en su retirada.

Cañones de bronce.	}	46 cañones de bronce de 24	}	160
		34 » » 16		
		20 » » 12 largos		
		7 » » 12 cortos		
		20 » » 8 largos		
		3 » » 8 cortos		
		5 » » 4 largos		
25 » » 4 cortos				
Cañones de hierro.	}	11 cañones de hierro de 36	}	57
		19 » » 24		
		4 » » 18		
		3 » » 12		
		9 » » 8		
		11 » » 4		



Piezas de bronce de fuego curvo.	4 morteros de bronce recamados de 14 pulgds.	} 56
	17 » » cónicos de 17 »	
	4 » » » 12 »	
	2 » » » 9 »	
	2 obuses-cañones de bronce 12 »	
	8 » » » 9 »	
	7 obuses de bronce 9 »	
	12 » » 7 »	

1 mortero de hierro de 14 pulgadas.

Total: 217 cañones y 57 obuses y morteros. Además 31.846 balas de cañón, 3.899 bombas y granadas, 466 botes de metralla y racimos, 72 quintales y medio de pólvora y multitud de efectos de parque. En la batería del Pópulo se encontraron dos obuses de bronce de calibre extraordinario con 42 granadas; en el castillo de Medina Sisonia un cañón de bronce de 12, dos de 8, uno de 4 y un obús de 7 pulgadas con sus cureñas correspondientes.

Al disponer Soult el levantamiento del sitio de Cádiz, hizo evacuar la línea Guadalete, Olvera, Teba y Zahara, clavando la artillería que tenía en Bornos y Arcos. Ballesteros ocupó a Ronda y Villamartín, quedando libre de franceses la provincia de Cádiz.

Tal fué el sitio de Cádiz, que duró desde el 5 de febrero de 1810 al 25 de agosto de 1812, durante el cual lanzaron los franceses 15.521 bombas sobre la plaza.

XIV

JUICIO CRÍTICO

Relatados los principales hechos ocurridos en el episodio militar que hemos denominado EL SITIO DE CÁDIZ POR LAS TROPAS DE NAPOLEÓN, es de rigor hagamos algunas consideraciones acerca del valor que desde el punto de vista militar, pudo tener tal operación de guerra.

Para apoderarse de una plaza de guerra hay que acudir a uno de dos procedimientos: el irregular o el regular. El primero comprende la sorpresa, el ataque a viva fuerza y el bombardeo; el segundo, el bloqueo y el ataque paso a paso, llamado también industrial basado en los principios reunidos por el célebre ingeniero Vauban.

El ataque por sorpresa y el ataque a viva fuerza deben ser imposibles si la plaza de guerra merece el nombre de tal. El bombardeo en la época que tuvo lugar el sitio de Cádiz; era un enemigo temible, no solo porque las plazas en general, carecían de abrigo a prueba para toda la guarnición, sino porque el efecto sobre la población civil era de tener en cuenta por la presión que podía ejercer sobre el gobernador que necesitaba estar dotado de gran energía para dominar el peligro exterior e in-

terior. El bloqueo para ser eficaz, tiene que ser completo; es decir, debe impedir en absoluto entrar en la población ninguna clase de recursos, a fin de que al cabo de mayor o menor tiempo se haga sentir en aquella la carencia de medios de vivir, consiguiendo el hambre y las penalidades lo que los procedimientos militares no eran capaces de lograr: la rendición. Por último, el ataque paso a paso o industrial, tan en boga en tiempo de Luis XIV de Francia, consigue a fuerza de prodigar el sudor del soldado, conservando su sangre, llegar al pié de la brecha en condiciones de enorme superioridad sobre el sitiado, que agotados sus recursos, solo puede ya, en sus últimos instantes, oponer su pecho al asalto final que dá por terminada la lucha de las dos voluntades representadas por el valor del sitiado y sitiador. Para que el ataque *industrial* tenga éxito se necesitan dos circunstancias: que el terreno permita los trabajos de aproche y que los medios *industriales* del sitiado sean menores y se vayan agotando ante los superiores del atacante. De cualquier otro modo, la lucha será imposible y habrá que acudir a procedimientos mixtos que pueden suplir las deficiencias de cualquier sistema único.

Una plaza de guerra, como ya hemos dicho, no merece tal nombre si no está organizada para resistir los ataques irregulares y si no reúne medios para lograr prolongar su defensa, haciéndose pa-

gar lo más cara posible. A su vez un ejército antes de emprender el sitio de una plaza, debe medir bien sus fuerzas y recursos disponibles para deducir, si una vez fracasados los procedimientos irregulares, las penalidades y pérdidas que le ha de traer un sitio prolongado, se verán compensados con la posesión de la plaza acometida.

Para que una plaza quede al abrigo de un ataque por sorpresa y de un ataque a viva fuerza, es necesario que cuente con un obstáculo importante que detenga la marcha del asaltante en sitio batido eficazmente por los fuegos de la defensa; este obstáculo, además ha de ser indestructible de lejos y difícil de destruir de cerca a fin de que conserve su valor en el momento en que el enemigo trate de salvarlo. El bombardeo se evita con la ocupación del terreno exterior al recinto, con obras avanzadas que impidan la colocación de baterías a alcance eficaz de la población. Es evidente que, si como en Cádiz sucedía, esa zona exterior está ocupada por el mar y por terreno inabordable, el objeto se consigue más fácilmente. Las obras exteriores no solo alejan los proyectiles de la población civil, sino que atrae sobre ellas el fuego de la artillería enemiga, y siendo sus guarniciones más aptas para resistir el bombardeo, se evitará la depresión moral que en elemento no militar de la ciudad no puede por menos de causar aquél.

Por otra parte, las obras exteriores habilmen-

te colocadas tienen otra ventaja, sirven de apoyo a las maniobras de la guarnición, que amparada por ellas, pueden estorbar los trabajos de los sitiadores, retardando el momento en que estos traten de abrir brecha en el recinto. Esta manera de proceder, es la base de la defensa de una plaza, la defensa exterior activa; obliga al enemigo a estar en una constante alarma y a extender sus líneas de un modo tan considerable, que se encontrará débil en todas partes, a no ser que cuente con un efectivo, que no es fácil reunir siempre y mucho menos en el caso que nos ocupa, porque la guerra ardía en toda la Península.

Cádiz no tenía obras exteriores; pero tenía aún más: la Isla de León, convertida en una extensa zona fortificada; con un foso natural formidable, el Río Santi Petri, que alejaba los trabajos del sitiador hasta obligarlo a colocar sus baterías en la imposibilidad de hacer daño a la población.

Además, cuando una plaza como Cádiz reúne el carácter de marítima, es decir, que tiene doble frente, es preciso contar con poderosos medios navales. Es cierto que una plaza marítima no se toma por mar (evitada la sorpresa), sino que el ejército de tierra es el que ha de llevar la acción principal; pero también es evidente que si una poderosa escuadra no completa el sitio, éste no puede tener éxito feliz. Si las escuadras aliadas no hubieran dominado en 1854-55 ante Sebastopol, es se-

guro que esta plaza no cae en poder de los sitiadores. Si en 1904- 1905, la escuadra de Togo no cierra la entrada de Puerto Arturo, el ejército de Nogi, a pesar de su heroico valor, se estrella ante las obras del campo fortificado. El proverbio *quien es dueño del mar lo es de la tierra* es universalmente aceptado como irrefutable, sancionado por la Historia desde los tiempos más remotos.

Cádiz, por su posición en la isla donde se asienta y con sus murallas bien artilladas, podía considerarse al abrigo de un ataque por mar. Quedaba el frente terrestre, estrecho y limitado por las aguas de la bahía y del Atlántico; el frente abaluartado Santa Elena-San Roque, con sus contraguardias, rebellín, ancho y profundo foso, caminos cubiertos y obras subterráneas, obligaban a un enemigo que llegase ante él, a practicar los trabajos de un ataque *industrial*, con sus lentos procedimientos. A continuación del frente de tierra, se desarrolla el largo istmo, con el Castillo de la Cortadura, barrera avanzada que detendría la marcha de los franceses; poco después, el puente del río Arillo, batería de Torregorda y el terreno aislado por el agua del mar que hasta el Río de Santi Petri y Caños del Arsenal, constituye ese obstáculo natural llamado «Isla de León», que hacía imposible la aproximación por tierra al recinto de Cádiz, siempre que estuviese medianamente defendido.

Cádiz sólo podía ser atacado por tierra por su único frente, defendido por un extenso campo fortificado, rodeado por un profundo foso natural y lleno materialmente de redes, más formidables que espesas alambradas, formadas por las salinas surcadas de estrechos senderos conocidos solamente de la gente práctica del país.

En esta disposición, el sitiador solo podía asentar sus baterías en la costa de la Bahía desde Sanlúcar a Puerto Real, y después, á prudente distancia del caño de la Carraca, Puente de Zuazo y Santi Petri, todas ellas demasiado alejadas para causar daños de importancia en la población civil; invulnerabilidad que era preciso conseguir a toda costa, pues es seguro que a pesar del patriotismo de los gaditanos, su carácter levantisco e impresionable, no sabemos a dónde les hubiera conducido si los efectos del bombardeo se hacen sentir con violencia.

Cuando el duque de Alburquerque pasó el puente de Zuazo, no estaba éste custodiado más que por un inválido; si Víctor no se entretiene, se adelanta el primero o entra con él en la Isla, dueño de este obstáculo natural se acerca a Cádiz, y la caída de la Plaza era cuestión de días. Alburquerque fué, pues, el verdadero salvador de Cádiz; a él se debe la honra ganada en aquella jornada; los demás solo se aprovecharon de las excelentes condiciones defensivas de la localidad.

Para apoderarse de una plaza de estas condiciones, se presenta Víctor con tres divisiones algo reducidas, sin artillería gruesa, confiando únicamente en el efecto moral de la victoriosa marcha a través de Andalucía. Esto es disculpable, y razones fundadas podían existir para ello; pero rechazado del puente de Zuazo y evitada la sorpresa, era una locura insistir en la pretensión de apoderarse de una plaza, cuyos flancos guardaba el mar y las escuadras aliadas y cuyo frente estaba protegido por un campo fortificado, guarnecido por los anglo-portugueses, bien atrincherados y recibiendo continuos recursos de la plaza que defendían, surtida a su vez por mar de cuanto podía necesitar. Buena prueba de ello es, el continuo movimiento de su puerto y las expediciones que a todas partes de la provincia, partían de Cádiz.

La situación de Víctor, cuya acción se limita a sostener un bloqueo incompleto y a mantener un bombardeo deficiente, es análoga a la de Masena ante las líneas de Torre-Vedras y los resultados obtenidos por uno y otro los mismos, pues aunque los franceses levantaron el sitio de Cádiz a consecuencia de la batalla de los Arapiles, es indudable no hubieran logrado ventajas mayores que las obtenidas hasta entonces, como lo prueba el que su situación el 25 de agosto de 1812, no era más halagüeña que la del 5 de febrero de 1810. Solo cuando la escuadra francesa se hubiese hecho

dueña del mar, podía confiarse en un resultado favorable

Víctor ya comprendía la necesidad de medios navales y así lo pidió al Rey José, y éste a Napoleón; pero en la imposibilidad de procurárselos, ante la preponderancia naval inglesa, tuvo el mariscal que limitarse a sostener un remedo de sitio capaz solo de levantar la moral del sitiado a costa de la del sitiador.

Los horrores de un sitio, no son solo los efectos del fuego enemigo: son el hambre, el incendio, las privaciones, el agotamiento del individuo que lo deja sin fuerzas, para el momento supremo del asalto. Así sucumbieron Zaragoza, Girona, Tarragona etc., en la misma guerra; Numancia y Sagunto en la antigüedad.

Afortunadamente para Cádiz y sus defensores, ninguno de estos horrores tuvieron que sufrir; pero si no necesitaron prodigar sus vidas y heroísmo como en Zaragoza, no por eso se aminora el mérito contraído.

Una conquista que Soult, dueño de Sevilla, creyó fácil y que Víctor entrevió como una recompensa a sus servicios apoderándose de sus riquezas, se convirtió en un imposible ante el cual se estrelló la gloria de las tropas imperiales, haciéndolas sufrir la humillación de tener que levantar el campo, abandonando inmenso material.

Cádiz, con su firme actitud, no solo consiguió

esa gloria militar; a su amparo surgió una Constitución, que en medio de sus muchos defectos, nacidos de la nerviosidad natural de los que la promulgaron, dió origen a la España moderna, poniéndola en camino de una verdadera regeneración.



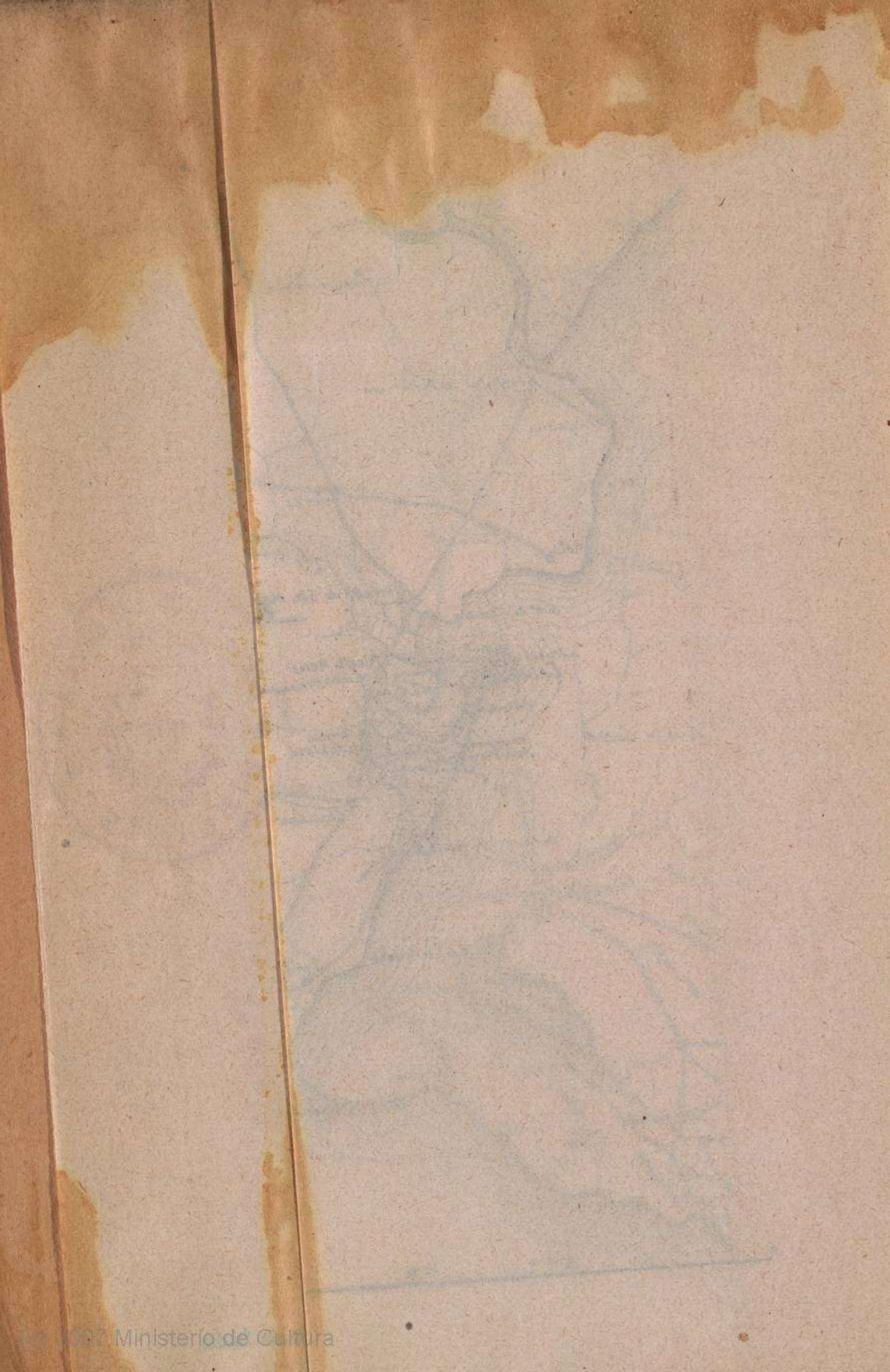


TERMINÓSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA, TITULADA
SITIO DE CÁDIZ POR LAS TROPAS
DE NAPOLEÓN, EN EL MES DE AGOSTO
DEL AÑO 1912, AL CUMPLIRSE LOS
CIEN AÑOS DEL LEVANTAMIENTO
DEL SITIO. FUÉ PREMIADA EN CON-
CURSO PÚBLICO, CONVOCADO
POR LA REAL ACADEMIA
HISPANO-AMERICANA DE
CÁDIZ, Y SE IMPRIMIÓ
EN LA OFICINA TI-
POGRÁFICA DE MA-
NUEL ALVAREZ
RODRÍGUEZ,
CÁDIZ

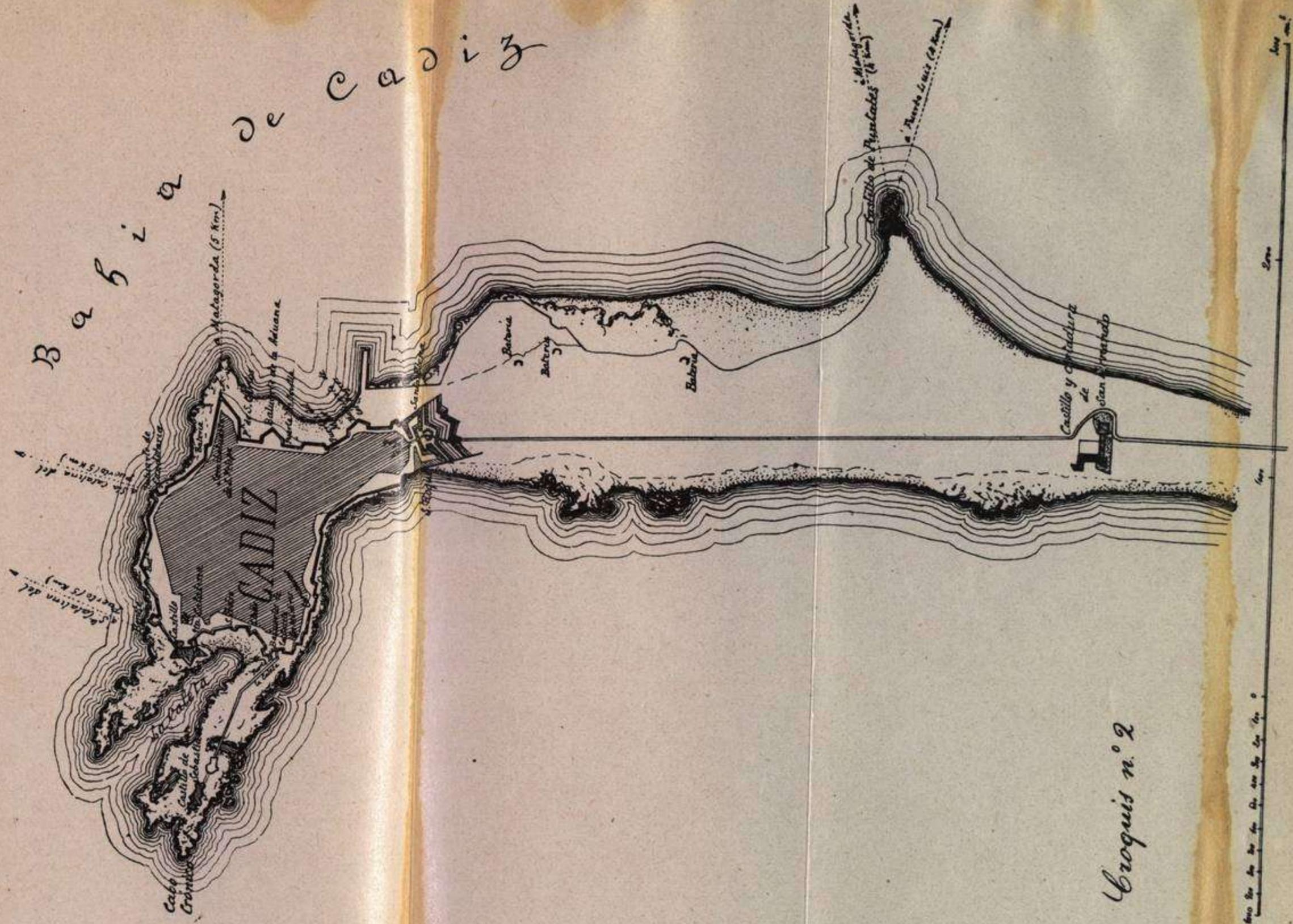




Croquis núm. 1.—Provincia de Cádiz.



Baía de Cádiz

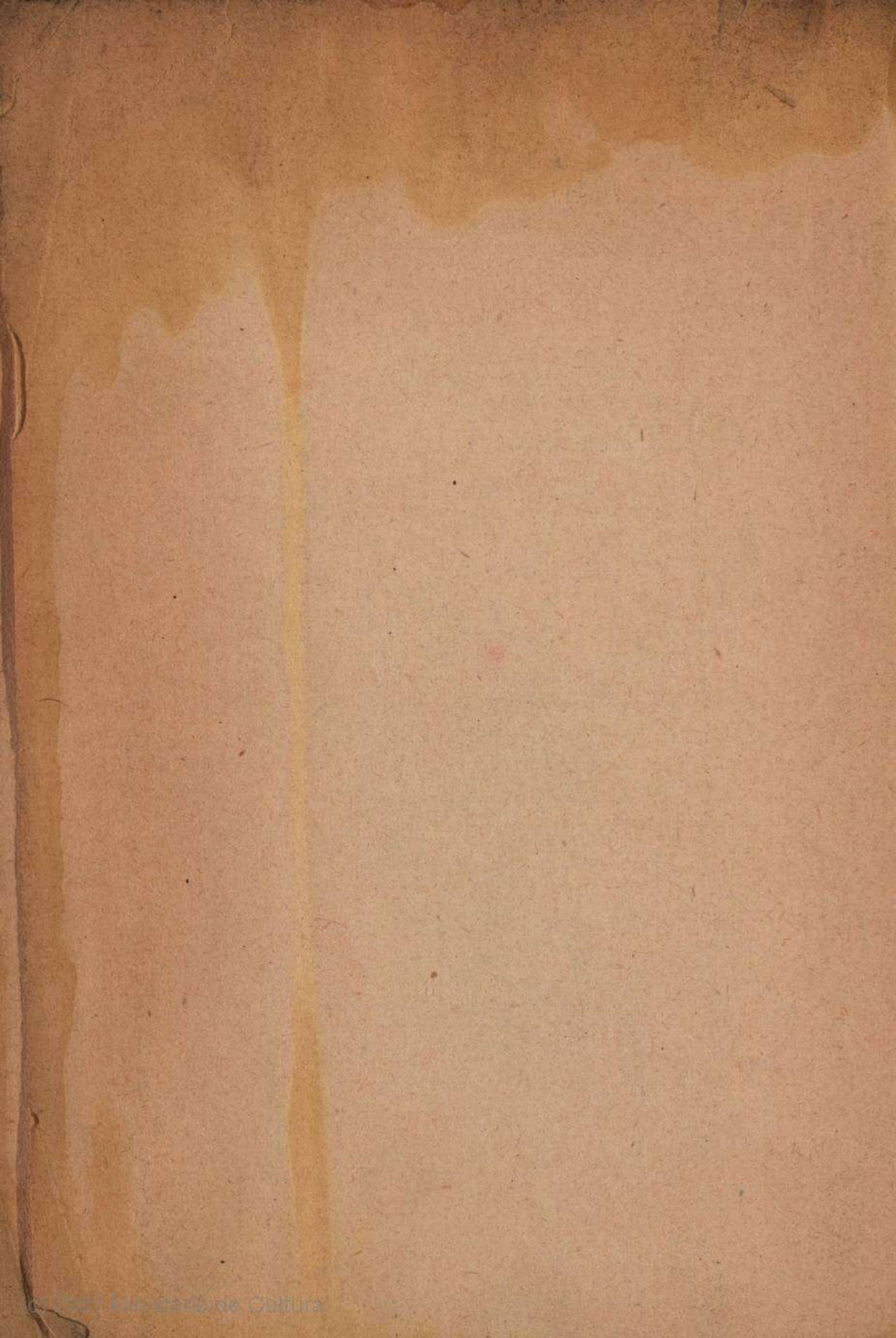


Croquis n.º 2

Cádiz y sus fortificaciones.

LIBRO DE REGISTRO

1917



Oceanica Classis

